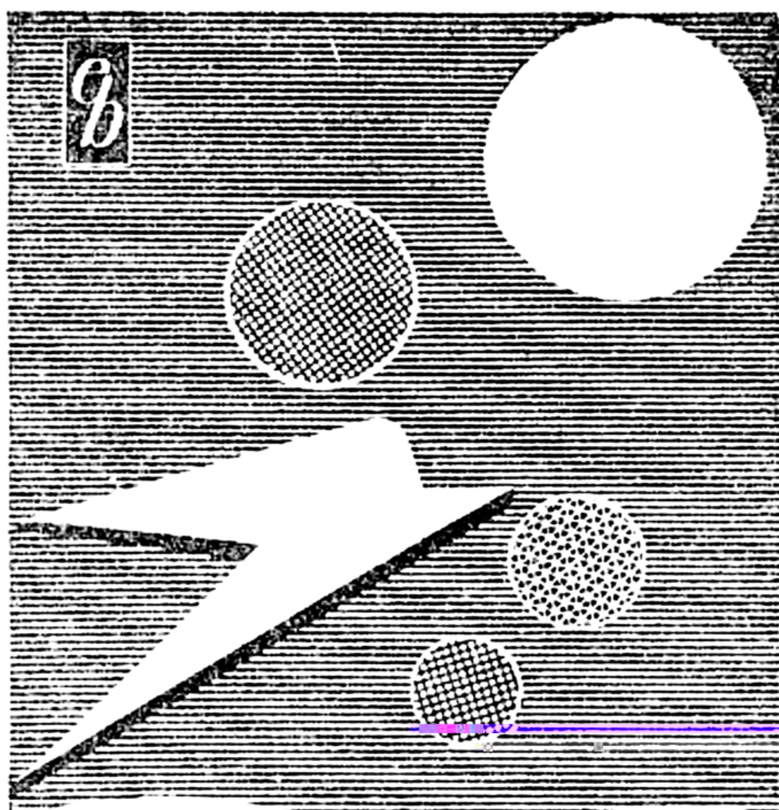
LOS MERCENARIOS DE LAS ESTRELLAS

A. THORKENT





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

A.

THORKENT

LOS MERCENARIOS DE LAS ESTRELLAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 47
Publicación semanal Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 19.862 - 1971 Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la
Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
-
1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

42. — *Vampiro 2.000* - Curtis Garland
43. — *Morir es un error* - Peter Debry
44. — *La otra Tierra* - Glenn Parrish
45. — *Cyborg* - Curtis Garland
46. — *Más allá de Katmandú* - Peter Debry

CAPITULO PRIMERO

Matías Delmont nunca había visto una ciudad tan extraña como aquélla, pese a conocer muchas en docenas de planetas. Pero Palmeras Largas, en Nelebet, poseía las particularidades de todos los centros de Acercamiento que el Orden instalaba.

Aquél era, sin embargo, el primer Centro de Acercamiento que Mat visitaba. Y no le complacía en absoluto.

Había llegado al planeta en un destartalado carguero apenas hacía doce horas y ya empezaba a preguntarse si no estaba perdiendo allí el tiempo. Pero para llegar a Nelebet era preciso pasar primero por Palmeras Largas, nombre por el que era conocido el Centro de Acercamiento.

Al anochecer, la singular ciudad se sumía en sombras, tímidamente desalojadas por las luces que salían de las casas prefabricadas, levantadas anárquicamente pese a los esfuerzos del Orden por querer dar al Centro un aspecto de ciudad más decente y urbanizada.

Mat había entrado en el barrio de diversiones, atestado por navegadores, prófugos de muchos planetas, jugadores, prostitutas, embaucadores y toda clase de calaña que acudía a los Centros que se levantaban en los planetas olvidados recién abiertos, y que mientras no provocasen demasiado jaleo, el Orden los toleraba.

Una pareja de policías del Orden pasó junto a Mat. Vestían sus conocidos uniformes negros y plateados. De la cintura llevaban colgadas las armas y demás artilugios que precisaban para reprimir disturbios. Sus rostros estáticos miraban al frente, pero Mat intuyó que le observaban por el rabillo del ojo cuando pasaron por su lado.

Se dijo que no le gustaría que algún día tuviera que

enfrentarse con ellos. Conocía sobradamente los métodos expeditivos que los miembros de la policía del Orden solían utilizar.

Los hombres que cruzaban la calle callaban al paso de la pareja, aligeraban el paso y se introducían en la primera taberna que encontraban.

Mat no dudó en hacer otro tanto. Se alejó de la patrulla y entró en una taberna. Allí no solía inmiscuirse el Orden mientras no se produjese un altercado. Entonces no tardaban más que unos instantes en penetrar en la casa y anestesiar a todos sus ocupantes. Luego hacían las pesquisas.

Pasó por debajo del aparato de múltiples objetivos de

televisión que el Orden instalaba

en los lugares públicos para observar lo que sucedía en su interior cuando se le antojara. Lo peor era cegar los ojos electrónicos escrutadores. Entonces sonaba una señal de alar- ma y el infractor era castigado con la expulsión del planeta, lo que resultaba una dura pena para él, tal vez peor que un día de cárcel o una fuerte multa.

El interior de la taberna estaba repleto. Mat se acercó a la barra y pidió un conocido licor. Una camarera de elevada estatura le puso delante un vaso y le pidió un crédito por lo que en realidad no valía más de una docena de milésimas. Pero Mat recordó que estaba en un Centro de Acercamiento y que en tales lugares los precios se disparaban con velocidad de escape.

Mat bebió y corrigió su primera opinión. Aquello no valía ni

una milésima de crédito;

pero al parecer, no había otra cosa mejor. Seguramente estaba destilado en la trastienda

con los residuos de combustible de nave estelar.

El hombre que estaba al lado de Mat gruñó y dijo:

—Se ve que eres nuevo aquí. Ya te acostumbrarás a esto —y señaló el vaso de Mat.

—¿Cómo adivinaste que llegué recientemente?

—Aún no hace un día que llegaste aquí —sonrió el hombre, de facciones semiocultas por una espesa barba negra—. Te juego un crédito a que no llevas más de ese tiempo en Palmeras Largas.

Mat sonrió.

—No. Perdería el crédito. ¿Lo adivinó por el gesto de asco que puse al beber?

—Sí. A mí me pasó lo mismo... hace cerca de dos años. Delmont frunció el ceño.

—¿Tanto tiempo lleva en este planeta?

—Pero no pienso quedarme mucho más. Tan pronto como gane para un pasaje o consiga meterme de friegaplatos en un carguero, ¡zas! Que el infierno se trague Nelebet.

—Me dijeron que en los Centros se gana mucho dinero con facilidad.

—Quien le dijo tal cosa debió ser un enemigo suyo. ¿Por qué viniste?

—Ya te lo he dicho. Por dinero.

—En otros Centros, tal vez. Pero no en Nelebet. Esto es un verdadero asco. No sabemos qué está esperando el Orden Imperial para permitir la apertura.

—Generalmente la espera no suele durar más de un año.

—Cuando llegué, muchos ya estaban aburridos de esperar —gruñó el hombre, bebiendo el resto de su licor.

Mat llamó a la gigantesca camarera, que seguramente procedía de alguno de los planetas gigantes de Antares, y ordenó dos bebidas. El hombre agradeció con una sonrisa la invitación de Mat.

—Me llamo Bruno. Gracias por el trago. La verdad es que

sólo tengo justo para pagarme un vaso.

—Llámame Mat. Matías Delmont. ¿Sólo te llamas Bruno?

—Es suficiente, ¿no?

Mat se encogió de hombros. Bebió un poco mientras echaba una mirada en derredor suyo, estudiando curiosamente la gente que llenaba el local. Al fondo, un grupo de navegadores reían escandalosamente con varias mujeres, algunas de raza apenas humanoide. En ciertos lugares los hombres, después de mucho tiempo de estar en el espacio, se volvían poco exigentes.

—Me dijeron que al otro lado de la Valla usan cubertería de oro y que tal cosa no es signo de riqueza —comentó Mat distraídamente, mientras observaba de reojo a su compañero de bebida.

Bruno asintió.

—Así es. Y lo más gracioso es que los nativos parecen estar deseando que la Valla sea derribada.

—¿Los nativos están deseándolo?

—Naturalmente. ¿No has escuchado los cantos de sirena?

Mat negó con la cabeza.

Como recordando algo, Bruno movió la cabeza y se limpió las barbas con el dorso de la

mano.

—Olvidé que aún no has pasado una noche cerca de la Valla. Ya los oirás. Algunas veces, empero, se acercan hasta el mismo puerto del espacio. Una vez alguien disparó contra ellos, pero los soldados del Orden lo tienen prohibido. A aquel tipo lo deportaron.

—¿Quieres decirme de qué hablas?

—De los pajarracos, amigo. Esos papagayos que revolotean sobre los recién llegados. Los llamados cantos de sirena. Sus palabras son sugestivas, pero sin significado. Aparecieron hace unos meses y nos animan a cruzar la Valla. ¡Qué gracia! ¿Quién es el loco que va a hacerles caso?

—¿Nadie lo ha hecho?

—Algunos. Tal vez bastantes. No se lleva un censo de la población en Palmeras Largas. El Orden quizá sepa quiénes cruzaron la Valla con exactitud. Al principio no era muy difícil, pero ahora está reforzada.

—Es peligroso abandonar un

Centro sin permiso del Orden.

Bruno soltó una risotada.

—Me haces hablar demasiado y ya acabé la bebida.

Mat dejó sobre el mostrador una moneda de veinte créditos que hizo abrir a Bruno los ojos como platos. La camarera trajo a requerimiento de Mat una botella de auténtico whisky y no regresó con el cambio. Mat no esperó más y, con la botella en la mano, empujó a Bruno hasta una mesa, después de coger dos vasos limpios de una pila.

Se sentaron y Mat llenó los recipientes de plástico. Bruno bebió glotonamente y entornó los ojos con cierto aire de felicidad.

—Me has hecho sentir más joven, amigo. Hacía siglos que no bebía algo semejante. Dame otro vaso y hablaré hasta que te canses de oírme.

Mat sonrió, llenó el vaso y preguntó:

—Dime todo lo que sepas de los nativos.

Bruno detuvo el vaso que iba camino a sus labios y dijo:

—Mal voy a pagarte tu generosidad. Sé muy poco de ellos.

—Es igual. Suelta lo que sepas.

El hombretón bebió más tranquilo, al parecer.

—Se están matando allí afuera. Mal dejaron este planeta los tipos de la Primera Era. Quienes aquí se quedaron estaban enzarzados en una lucha estúpida por algo que no sé y qué aún dura. Cuando se les agotaron las armas de fuego, recurrieron a la espada, el arco y la flecha. Y así siguen.

—¿Por eso el Orden no ha permitido la apertura del planeta a los colonos?

—Pudiera ser. Debe pensar el Orden que la lucha, en lugar de terminar, se incrementa con bandas de mercenarios. Y eso es precisamente lo que pretenden conseguir los dos bandos en lucha.

—¿Buscan mercenarios?

—Sí. Para eso envían al Centro sus cantos de sirena. Esos pajarracos son los únicos seres vivientes capaces de burlar la Valla.

Mat entornó los ojos. Los hechos que Bruno le estaba contando él los conocía casi todos. Pero ignoraba lo referente a los pájaros habladores. Eran veinte créditos los empleados.

Ansiaba conocer a los pájaros habladores. Tal vez por su mediación lograse cruzar la Valla sin necesidad de tener que recurrir a medios que no deseaba emplear y que siempre resultaban peligrosos.

—¿Qué se cuenta por ahí respecto a esta situación? —

preguntó Mat.

—Hay opiniones para todos los gustos. Es claro que aún no has tenido tiempo de recorrer todo el Centro, Mat. Pero yo sí sé que la mayoría de los que esperan pacientemente la Apertura son mercenarios, que llegaron a este planeta con sus fuerzas desarmadas y repartidas por el cuerpo y equipajes para no ser detectadas.

A Mat le hubiera gustado saber si aquellos mercenarios habían llegado por iniciativa propia o alguien o alguna entidad los estaba enviando paulatinamente. Tal vez muchos, con profundos conocimientos de las costumbres que el Orden empleaba en los Mundos Olvidados, habían arribado a Nelebet movidos por sus propios impulsos. Pero las palabras de Bruno inducían a pensar que el número de hombres con aspecto de mercenarios era demasiado elevado para creer que todos habían actuado por su cuenta.

En ciertos medios de la Tierra, en los que se movían bajo los estratos más visibles, se estaba hablando desde hacía demasiado tiempo de Nelebet. A los oídos de Mat habían llegado ciertos rumores y entonces se decidió a investigar. Y él tuvo la suerte de hacer importantes investigaciones en viejos documentos.

Si al principio la idea de marchar a un lugar tan lejano de la

Tierra no le había

entusiasmado, luego comprendió que merecía la pena echar un vistazo. Ahora estaba seguro que no había perdido el tiempo. Al otro lado de la Valla estaban ocurriendo cosas que estaban produciendo un interés inusitado en muchas gentes.

¿Por qué no él también? Sabía tanto como el que más

respecto a la historia antigua de

Nelebet.

A veces, el Orden procedía de forma tan automática que estropeaba las cosas de forma alarmante. Si se suponía que con su intervención se evitaban las situaciones dañinas en los Mundos Olvidados, la experiencia estaba demostrando continuamente lo contrario. Pero eran demasiado los Mundos Olvidados y diferente cada una de sus situaciones. El fallo del Orden estribaba en que cada cual quería imponer su sistema, desarrollando por las computadoras que a veces eran precariamente suministradas de datos.

Bruno estaba diciendo:

—Te estarás preguntando, amigo, si soy de los que llegaron para luchar o trabajar — sonriendo, añadió—: La verdad es que lo he olvidado. Si cuando se produzca la apertura, cosa que trataré de evitar, aún estoy aquí, no sé si empuñaré una herramienta de trabajo. Mejor sería una pistola.

—El Orden no permitirá una invasión de mercenarios en

este planeta.

—A veces no he visto otra entidad más estúpida que el Orden Imperial. Son tan inflexibles con sus leyes, que se sienten incapaces de quebrantarlas, aunque se hunda un planeta. Quienes se hallen en el Centro, con permiso del Orden, obtienen un derecho de tránsito al planeta que no puede ser anulado. Miles de hombres procuran portarse bien para no ser repatriados.

Mat esbozó una sonrisa.

—Si deseas marcharte de aquí nada más tienes que provocar un disturbio y el Orden te pagará el pasaje a otro planeta.

—Sí, claro. Y pondrán en mi tarjeta una señal que me impedirá volver a entrar en otro Centro cualquiera. No, amigo. Yo soy perro viejo en estas lides. Me gusta vivir en los Centros, pero no en éste. Sabré esperar —y miró fijamente a Mat—. Cuando se es preciso, soy paciente.

Mat adivinó que poco más podía contarle aquel hombre de la poblada barba y se levantó, diciendo:

—Quiero dar un paseo antes de irme a dormir. Me gustaría encontrarme con uno de esos pájaros que llamáis cantos de sirena. Te regalo el resto de la botella.

Bruno se puso nervioso y tartamudeó al decir:

—Estoy sin una milésima, amigo. Si pudieras...

Mat sacó su monedero que tintineó deliciosamente a los oídos de Bruno. Le entregó una moneda de diez créditos. Luego, sin decir nada, le volvió la espalda y salió de la taberna.

Anduvo durante unos minutos en línea apropiada para encontrar un cartel luminoso que le avisaba de la proximidad de la Valla. Las edificaciones quedaron atrás y ahora ya no caminaba sobre un suelo plastificado para evitar el embarrado cuando llovía, sino sobre su pasto alto y duro.

Se detuvo cuando comprendió que dos metros más adelante se alzaba la Valla. Las mustias luces de las barracas que quedaban a su espalda reflejaban en la vibrante transparencia algunos destellos.

No tuvo que esperar demasiado. Como acudiendo a una cita, una forma alada surgió del otro lado de la Valla, del bosque, y se posó sobre un árbol, mirando a Mat con sus ojos rojos. Dijo el pájaro mientras abría su largo pico:

—Sueña, sueña. Riquezas, oro. Cruza la Valla, cruza.

Mat se acordó de los loros de la Tierra. El pajarraco de Nelebet no poseía tan vistoso plumaje, pero su voz sonaba clara. No quiso aproximarse a él ante el temor de espantarlo.

Según los conocimientos que poseía de la Valla, era teóricamente imposible que el pájaro la hubiese cruzado y

continuara vivo. Sus ojos miraban el pasto. A poca distancia de sus pies descubrió dos pajaritos de azul plumaje, muertos. El corazón se les debió paralizar al cruzar inconscientemente la Valla. ¿Por qué motivo no le había ocurrido otro tanto al loro?

Este insistía:

—Cruza, cruza. Los valientes tendrán oro, riquezas. Sueña, sueña.

El terrestre arrugó el ceño. ¿Le proponía el pajarraco que se suicidase? No estaba tan loco como para siquiera introducir un dedo en la vibrante pared energética.

Mat sintió, cuando casi lo tenía encima, que alguien intentaba acercársele por la espalda. Apenas tuvo tiempo, gracias a la rapidez de sus reflejos y acondicionamiento para tales situaciones, de lanzar como un rayo su mano derecha abierta y propinar un golpe contundente hacia el lugar que suponía iba a encontrar el blanco apetecido.

Se volvió al mismo tiempo que escuchó un grito de dolor ronco. En el suelo, Bruno se revolcaba quejándose y con las manos oprimiéndose el cuello.

Mat no se inmutó. Esperó a que el barbudo hombre se incorporase. Si había pretendido sólo robarle tal vez con aquello tuviese suficiente. Si insistía se iba a encontrar con una desagradable sorpresa.

De entre las casuchas surgieron dos figuras vestidas de negro y plata, que sin prisas, pero con decisión, se acercaban a ellos. No existía ninguna prohibición de estar cerca de la Valla, pero lo que los policías del Orden no toleraban, eran las riñas. Mat masculló una maldición. No le interesaba tener problemas con el Orden. No quería arriesgarse a ser expulsado de Nelebet.

Serenamente, esperó la aproximación de los dos hombres.

Bruno ya se incorporaba.

CAPITULO II

Mat apenas pudo contener una sonrisa al ver la expresión de miedo reflejada en el rostro de Bruno al descubrir éste que la pareja del Orden se acercaba. Uno de los policías se adelantó. El otro quedóse rezagado un tanto, a la expectativa y con la mano cerca de la culata de la pistola.

—¿Qué hacen aquí? — preguntó el agente del Orden. Mat sonrió antes de explicar:

—Nada, agente. Acabo de llegar a Palmeras Largas y quise ver de cerca la Valla y los cantos de sirena. Este buen amigo se brindó a acompañarme. Me aseguró que estos contornos no estaban bien alumbrados, pero fue él quien tropezó con una piedra.

—¿Sólo ocurrió esto? —inquirió el policía del Orden mirando alternativamente a Mat y Bruno.

—Puedo asegurarle que sí. Mi amigo Bruno y yo...

—Sus tarjetas de tránsito, por favor —le demandó.

Mat mostró la suya y Bruno, nerviosamente, extrajo otra del bolsillo de su camisa. El policía las examinó a la luz de una lámpara portátil y las devolvió. Seguramente al comprobar que el nombre del barbudo correspondía con el inscrito en la tarjeta le hizo pensar que Mat decía la verdad al asegurar que eran amigos.

—Pensamos que estaban peleando —dijo el segundo policía.

—¿Pelearnos? ¿Por qué? —preguntó, aún nervioso, Bruno.

—He dicho que sólo lo pensamos —la mirada del policía hacia el pájaro posado en el árbol. Señalándolo, previno—: Ahí tiene uno de los pocos tipismos de Palmeras Largas. Obsérvelo nada más. Le recomiendo que no intente hacerle daño.

—No se preocupe. Siempre me gustaron las aves —aseguró Mat. Sin decir más, los dos policías dieron media vuelta y se alejaron.

Irónico, Mat esperó la reacción de Bruno. Este, después de quitarse a manotazos el pasto adherido en sus ropas, miró torvamente a Mat. Estaba visiblemente desconcertado.

—No lo entiendo. Pudiste haber dicho que te agredí para robarte. A ti nada te hubieran hecho.

—Pero me habrían molestado demasiado. E incluso podía haber ocurrido que me expulsaran también. ¿Quisiste pagarte un pasaje de lujo para abandonar el planeta, Bruno?

—Sí, eso quise. Tu bolsa llena de dinero me turbó. Lo siento. ¿Debo darte las gracias ahora?

—Puedes ahorrártelas. No me servirán para nada. Pero...

—¿Qué?

—Dijiste que estabas cansado de Nelebet porque no ganabas dinero. ¿Qué es preciso aquí para conseguir oro?

Bruno señaló la Valla.

—Está al otro lado. Tienen razón quienes dicen que los nativos comen con cucharas de oro. Incluso las armaduras de los guerreros están repletas de oro. No las usan macizas porque el oro es blando, pero tienen suficiente para poderlas hacer.

—Entonces, si la riqueza está al otro lado, vayamos por ella.

—¿Estás loco?

—No. Te propongo un trato. Estoy Seguro que sabrás respetarlo. Cada vez con mayor desconfianza, Bruno estudiaba a Mat.

—¿Qué clase de trato?

—Podemos unimos y cruzar la Valla. Juntos podemos hacer más que separados. ¿No desean mercenarios al otro lado? Ambos somos fuertes. Yo dispongo de dos pistolas y suficiente energía para hacerlas funcionar durante un año.

La mirada de Bruno fue entonces de asombro total.

—¿Las tienes encima?

Mat rió.

—Desarmadas y ocultas entre mis ropas las piezas.

—Eres un mercenario profesional.

—Dejemos a un lado lo que yo pueda ser. ¿Qué te parece? Te entrego una pistola, la posibilidad de ganar una fortuna. Nos ponemos a las órdenes de un jefe nativo y en poco tiempo podemos regresar al Centro repletos de oro. Ya conoces las leyes del Orden. Nada dicen a quienes regresan al Centro. Sólo se oponen a que salgamos.

Bruno movió la cabeza y se sentó sobre una roca. Seguía restregándose el lugar del cuello donde la mano plana de Mat le había golpeado. Nunca en su vida había sido tan castigado de forma tan simple.

—Estás loco. ¿Cómo podemos salir de aquí? —Bruno descubrió los pajarillos muertos. Golpeó con el pie al más próximo. La cosa de plumaje azul saltó inanimadamente—. ¿Quieres terminar como éstos?

—Los loros cruzan la Valla. Nosotros podemos hacer otro tanto... si encontramos el medio del que se valen. Nos lo envían para que vayamos a ellos, ¿no es cierto?

—Eso lo sabe todo el mundo —rezongó Bruno. Tomó una lagartija que cruzó ante él y la arrojó contra la Valla. El reptil cruzó el muro transparente, cayendo al otro lado. No se levantó. Su total inmovilidad sólo podía ser debida a la muerte.

—Muerto —dijo Bruno—. Eso nos pasará si nos atrevemos a cruzar.

—Otros lo hicieron —dijo Mat—. Otros están al otro lado, cubriéndose de oro. Los nativos reciben bien incluso a los que no llevan armas de fuego. Saben que los hombres de las estrellas son buenos guerreros, con espada o pistola. Nosotros llevaremos dos pistolas. Nos recibirán mejor que a otros que llegaron con las manos vacías.

Bruno se acercó a Mat. Socarrón, dijo.

—Bien, señor listo. Averigua cómo hacerlo y te seguiré. Lo juro. Pero antes deberás cruzar la Valla y demostrarme desde el otro lado que sigues viviendo.

Mat asintió. Una leve sonrisa flotaba en sus labios.

—De acuerdo —dijo tendiendo la mano derecha que Bruno estrechó con poco entusiasmo—. Somos aliados. Ahora el resto dependerá de mí.

—Sueña, sueña, sueña. Valiente, cruza la Valla y tendrás oro, riquezas. Sueña, sueña —
parloteó el loro nelebetiano. Hasta entonces había permanecido en silencio.

Los dos hombres miraron al pajarraco. Mat dijo complacido:

—Esta es la respuesta. Los nativos no son tontos al parecer. O tal vez el primer terrestre que logró pasar la Valla, burlando la vigilancia primitiva del Orden, les dijo cómo se podía cruzar. Amaestraron esos pájaros y los envían para transmitirnos un mensaje,

para decirnos cómo hemos de arreglárnoslas para dejar el Centro.

Bruno entornó los ojos. Cruzó sus enormes brazos sobre el amplio pecho y adoptó una postura paciente.

—¿Cuáles verbos emplea el loro con más insistencia? —preguntó Mat a su nuevo compañero.

Después de meditarlo un instante, Bruno respondió:

—Pensar y cruzar —rectificó—: No, soñar y cruzar.

—Eso es.

—¿Y bien?

—Soñar es lo mismo que estar inconsciente. Sólo las cosas inanimadas pueden cruzar la barrera. Las orgánicas perecen si lo hacen en estado consciente. Por lo tanto, si dormimos podemos pasar tranquilamente al otro lado.

Bruno se rascó la poblada barba.

—Puede ser que tengas razón. ¿Pero cómo lo haremos?

—Por eso necesito tu ayuda. No se puede cruzar la Valla sin colaboración —sacó de un bolsillo un inyector y graduó la dosis. Se descubrió el brazo izquierdo y se inoculó una cantidad de líquido—. Me dormiré dentro de un instante. Entonces tú me arrojas al otro lado de la Valla. Despertaré antes de cinco minutos. Para entonces si te decides, puedes hacer lo mismo. Ya te explicaré desde el otro lado lo que debes hacer.

Una chispa de inteligencia cruzó la mirada de Bruno. Mat casi le dijo con pena, como si lamentara desilusionarle:

—No pienses que podrás quitarme el dinero cuando me haya dormido —sacó el monedero y lo arrojó al otro lado de la Valla, a más de veinte metros. Luego reunió las piezas de las dos pequeñas pistolas, las envolvió en un pañuelo y las envió junto con el dinero—. Confío en ti, pero prefiero estar seguro de que no te largarás.

Mat parpadeó y cerró los ojos. Bruno apenas tuvo tiempo de cogerlo por los sobacos para evitar que cayera. El

hombretón estuvo tentado en dejarlo allí mismo y regresar a la ciudad, pero Mat parecía estar muy seguro de cuanto había dicho. Además, quien iba a correr el riesgo no era él. Quizá diera resultado. Debía pensar que al otro lado estaba la fortuna.

Se aproximó a la Valla y arrojó al otro lado a Mat. Bruno se mordió los labios. La Valla tenía un espesor de medio metro y ante el temor de lastimar a Mat no lo impulsó con demasiada energía, quedando un pie de éste dentro del campo fatídico. Si Mat despertaba y una parte de su cuerpo estaba en contacto con la Valla, moriría irremediablemente.

Bruno pensó febrilmente y tomó del suelo una gruesa rama. Con ella empujó la pierna de Mat hacia una zona de estimable seguridad. Entonces se volvió a sentar en la roca a esperar.

—Cruza, cruza. Sueña, sueña. Si eres valiente...

—¡Maldito pajarraco! —gruñó Bruno. Le lanzó una piedra y el loro desplegó sus alas adentrándose en Palmeras Largas a buscar otros hombres recién llegados, que su instinto descubría para seguir recitándoles el mensaje.

Viendo cómo se perdía por encima de todos los tejados de las casas, Bruno masculló:

—Si has hecho que Mat se equivoque, te juro que voy a desplumar a todos los cantos

de sirena que encuentre, aunque el Orden me expulse...

Se volvió al escuchar a Mat incorporarse. Poco después le sonreía desde el otro lado de la Valla.

—¿Estás bien, muchacho? —le preguntó Bruno con ansiedad.

—Sí, hombre, ¿qué creías? Ahora te toca a ti. Toma.

Mat le arrojó el inyector y un rollo de fina, pero fuerte cuerda.

—Ya está graduado en lo justo para que sólo duermas un instante. Te atas la cuerda alrededor de la cintura para que pueda traerte aquí. No te olvides de arrojarme el otro extremo.

Mientras Bruno trabajaba, Mat recuperó la bolsa con el dinero y el pañuelo con las piezas de las dos pistolas, que procedió a armar a la luz de las estrellas y las luces mortecinas de la destartalada ciudad. Apenas se tomó cinco minutos en la operación, justo a tiempo para que Bruno quedase completamente dormido. Entonces tomó la cuerda y tiró de ella. El condenado pesaba cerca de cien kilos y cuando lo tuvo a su lado esperó a que los efectos de la droga se desvanecieran.

Bruno volvió en sí cuando Mat terminaba de colocar las cargas de energía en las pistolas. El barbudo se restregó los ojos y se sentó en el pasto. Vio delante de él a Mat, que le sonreía confiadamente y le tendía una de las dos pistolas.

—Te la has ganado, Bruno.

Bruno miró con recelo a la Valla. No daba crédito al hecho de encontrarse al otro lado. Como impelido por un resorte, se puso en pie. Aún estaba un tanto asustado por lo que había hecho.

—Ea, vamos. ¿No querías estar al otro lado? Pues ya lo has conseguido. Y con una pistola —le dijo Mat golpeándole la espalda.

El hombre tomó la pistola como si se le fuese a quebrar entre sus grandes manos. Con suma delicadeza se la guardó en un bolsillo. Luego se quedó mirando a Mat respetuosamente. Desde aquel momento se quedaba

acordado tácitamente quién iba a ser el que dictaría las órdenes.

—Ahora a buscar un lugar donde pasar la noche. Al amanecer, localizaremos al dueño del loro.

Empezaron a caminar. Frente a ellos estaba el bosque, denso y oscuro. Cuando consideraron que desde el Centro no podrían verles, encendieron sus lámparas portátiles.

Llevaban caminando cerca de una hora cuando descubrieron una choza construida con maderas, chapas de plástico muy viejo y techada por láminas de pizarra.

—¿Piensas pasar ahí la noche? —preguntó Bruno no muy contento al parecer con tal idea.

Mat alzó la mirada al cielo y por un instante pudo ver cómo cruzaba un satélite artificial del Orden, con su potente luz roja, indicando a todo el mundo que Nelebet era un planeta cerrado.

—Siempre será mejor que hacerlo a la intemperie —respondió—. Un nativo con deseos de matamos para robar es siempre mejor que una alimaña con el propósito de que le sirvamos de refrigerio nocturno.

Se acercaron a la tosca cabaña y ante la puerta la golpearon fuertemente. Una luz se

acercó a una de las ventanas. Alguien les observaba desde el interior a través de una abertura de la hoja de madera.

Aún tardaron un buen rato en abrirles la puerta. Al otro lado, un hombre portando una lámpara de apestoso aceite en una mano y en la otra un grueso machete, les miraba lleno de miedo. Al fondo, un muchacho parecía estar asombrado ante la inesperada visita nocturna.

Mat no dudó en emplear el idioma, variante del terrestre,

que se usaba en Nelebet.

—Os saludamos, honrado granjero. Somos hombres de las estrellas y deseamos pasar la noche en tu casa.

Era estúpido negar al nativo su procedencia. El pobre hombre y el muchacho debían ya haberlo comprendido antes de abrir la puerta. De haberse tratado de otro nativo quien llamara seguramente no le habrían hecho caso. Pero ante un hombre de las estrellas, dos en este caso, podía ser mayor el riesgo de negarles la entrada. Debían saber que los hombres de las estrellas eran irritables con suma facilidad y generosos con quienes les brindaban hospitalidad.

Así, ahogando el miedo en medio del egoísmo y ante la perspectiva de recibir algún presente que le haría ser envidiado por sus vecinos, el granjero se apartó presuroso de la puerta, arrojando a un rincón su machete, tomado más como símbolo de fuerza que como arma dispuesta a ser usada.

—Pasad y sentaos, nobles señores de las estrellas... —

murmuró el granjero indicando

una mesa y varias sillas—. Mi hijo traerá vino y carne ahumada para vosotros.

—El vino de estas gentes es exquisito —musitó Bruno al oído de Mat, temiendo que éste no lo aceptase—. No temas, que no nos envenenarán.

Mat sonrió. Dirigiéndose al granjero, dijo:

—Aceptamos complacidos el vino.

Se sentaron y el muchacho corrió a por el vino. Regresó con una jarra de barro cocido y dos vasijas con asas, que

llenó de forma tan torpe a causa del miedo que derramó una buena cantidad sobre la mesa.

—¿Queréis comer, nobles señores? —insistió el granjero, revoloteando alrededor de ellos—. Además de carne tengo pescado salado, frutas y pan fresco.

Mat pensó que el pan llevaría cocido una semana y respondió que no muy cortésmente. Probó el vino.

—Es exquisito —dijo—. Ahora nos gustaría que nos indicases dónde podemos descansar.

—Mi habitación será la vuestra. Mi hijo os acompañará a ella —dijo el granjero, satisfecho en el fondo de que no le aceptasen la comida.

—Cuando nos despertemos nos gustaría beber leche fresca —dijo Mat—. Supongo que no tendrás inconveniente en que tu hijo nos indique el camino para llegar al hombre que envía los pájaros al Centro.

El granjero les aseguró que él y su hijo estaban a su disposición. Tomó una lámpara y les mostró la habitación. Por un momento Mat y Bruno pensaron que el pobre hombre se equivocaba y en lugar de ofrecerles su dormitorio, les indicaba el establo.

Pero poco después, agotados, dormían profundamente.

CAPITULO
III

El hijo del granjero dijo llamarse Murdell y resultó ser un chico simpático cuando después de un buen rato de caminar por el bosque terminó por perder el resto del miedo que tenía.

—Estos lugares eran peligrosos antes —decía Murdell—. Recuerdo que hace unos años, antes que llegaran los hombres de las estrellas, las huestes de Dagmahal y Henteltet saqueaban continuamente las granjas, por estar situadas precisamente en terreno de nadie. Todos nos consideraban enemigos. Ahora, desde que se levantó el Centro, procuran mantenerse retirados en muchas millas.

—Pero a pesar de todo se acercan a menudo, ¿no? —
preguntó Mat.

—Sí; pero ya no matan y saquean. Los campesinos vienen aquí desde muchos sitios, pues saben que mientras las luces brillen en el Centro podrán vivir en paz.

Llegaron hasta un nuevo arroyo y Murdell señaló un
pequeño puente de madera que
se levantaba a unos veinte metros de ellos. Mientras se
dirigían a él, Mat preguntó:

—La guerra entre Dagmahal y Henteltet dura ya muchos
años. ¿Sabes cómo se inició? El muchacho se encogió
de hombros.

—Tengo quince años y siempre oí decir que luchaban.

—¿Por qué luchan?

—Tampoco lo sé. Existe un lugar, a unas doscientas millas de aquí, que los guerreros amarillos de Dagmahal y los azules de Henteltet vigilan continuamente, no permitiéndose los unos a los otros acercarse a él. Lo conocemos por la Gran Discordia. Es un valle cerrado, que nadie conoce porque entrar allí significa morir a manos de unos u otros soldados.

Después de un buen rato de caminar en silencio por el bosque, Murdell se mostró embarazado a los ojos de Mat. Este adivinó que el chico deseaba preguntarles algo, pero no

se atrevía.

Le animó con una sonrisa de amistad a que le interrogara.

—Mi padre dice que los hombres de las estrellas salen del Centro para unirse a los guerreros de Dagmahal o Henteltet a cambio de oro. ¿Ustedes desean hacer lo mismo?

—Pudiera ser. Todo dependerá de lo que nos ofrezcan. Dime, ¿el hombre de los pájaros trabaja para Henteltet o Dagmahal?

Murdell tardó unos instantes en responder. Parecía no estar seguro si debía hablar o no al respecto.

—Mi padre dice que Horquell, el hombre de los pájaros, los amaestra porque recibe dinero de los Señores. Ninguno de éstos sabe aún que Horquell trabaja para el otro.

Mat dibujó un gesto de comprensión.

—Vaya con Horquell. No esperaba encontrarme aquí un doble agente. Bruno, que no abrió la boca hasta entonces, dijo:

—¿Quieres decir que ese tal Horquell está engañando a Dagmahal y Henteltet?

—Creo que sí. El amaestra a los loros, cobra a los Señores y ambos creen que los hombres del Centro que se les unen lo hacen gracias a Horquell.

Al fin llegaron a un calvero del bosque. En el centro había una pequeña cabaña. A diferencia de la del padre de Murdell, ésta estaba completamente construida con

materiales procedentes del Centro, lo que sorprendió enormemente a Mat.

A la puerta de la casita había un hombre sentado en una silla reclinada sobre la pared. Fumaba tranquilamente, viendo cómo se acercaban Mat y sus acompañantes.

Sobre el tejado de la casita, una docena de jaulas con loros indicaba cuál era el extraño oficio del hombre que la habitaba.

Cuando se acercaron a un par de metros de la choza, el hombre se quitó la pipa de los labios, sonrió afablemente y saludó sin levantarse de la inclinada silla.

—Buenos días, amigos. Hola, Murdell. ¿Cómo está el ladrón de tu padre?

—Está bien, Horquell.

Horquell se llevó la mano al bolsillo y arrojó a Murdell una bolsa de tabaco, que el chico atrapó en el aire.

—Dásela a tu padre —dijo—. Estos tipos no tienen aspecto de haberles regalado algo. ¿Me equivoco?

—No —respondió Mat—. Quise darle unos créditos, pero el viejo no los aceptó. No quise insistir por temor a ofenderle.

—No sea iluso, amigo —sonrió Horquell—. El padre de Murdell no aceptó las monedas porque aún queda mucho tiempo para que las pueda gastar en las casas de librecambistas, cuando el Centro se abra a los nativos. Le hubiera gustado más otra cosa, como una camisa o un sombrero con el que dar envidia a sus vecinos.

—Lamento no conocer las costumbres locales —dijo Mat.

—No se preocupe —Horquell hizo un significativo gesto a Murdell para que se marchara. El chico se despidió de Mat y Bruno y desapareció por el bosque. Volviéndose a los terrestres, Horquell cambiando el risueño gesto de su rostro por otro más grave, dijo—: Espero que traigan armas. Ultimamente mis pájaros sólo lograron convencer a hombres listos, pero no lo suficiente como para que hubiesen sido capaces de introducir armas en el Centro.

—Le diremos si traemos armas o no cuando nos diga cuál

de los dos señores nos pagará mejor. Usted cobrará de todas formas.

—Son listos ustedes, amigos. Aunque el chico les haya dicho que trabajo para los dos señores, lo cierto es que a Dagmahal sólo le envío lo peor que logro sacar del Centro. Ustedes parecen buenos y les aconsejo que tomen el camino del Norte. En poco tiempo encontrarán soldados de Henteltet. Ahora deben marcharse pronto, si quieren unirse al bando que saldrá vencedor.

—¿A qué viene esa prisa? —inquirió Mat intuyendo algún peligro.

—No me pregunten. Los amarillos, los de Dagmahal, están batiendo toda esta zona. No deberán encontrarse con ellos si de veras deciden luchar al lado de los azules, los de Henteltet.

Mat hizo un gesto de paciente espera y se sentó frente a Horquell, sobre un grueso tronco, ante la mirada sorprendida de Bruno.

—Horquell, he viajado por muchos mundos de la Galaxia. Usted tal vez no sea terrestre, pero tampoco es de Nelebet. No le creeré si me jura que sus antepasados no fueron terrestres. Ha debido llegar a este planeta poco antes que el Orden. O tal vez después y consiguió encontrar la forma de introducir gente del Centro.

Horquell mordió su pipa, observando curioso a Mat.

—Nunca me equivoco cuando decido que ciertas personas vayan a luchar al lado de los azules. Usted servirá a Henteltet. Váyase, no pierda más el tiempo.

—¿Admite que no es nativo, aunque se esfuerce en hablar con su mismo acento?

—Usted está tan seguro de sus palabras que me apena decirle que no. Si esto le satisface, le diré que sí. Márchese. Mi oído es fino y escucho el galope de caballos. Y sé cuándo son amarillos o azules.

—¿Y qué asegura que son esta vez? ¿Amarillos?

—No. Son hombres de Henteltet; pero ahora no es el momento de distraerlos. Traen prisa y no podrán llevarlos ante su Señor.

—Mat, haz caso a este tipo —dijo Bruno—. Nosotros no conocemos lo suficiente este planeta. Vámonos ahora que podemos.

—Su amigo no es tan tonto como me pareció —dijo Horquell —. Hágale caso.

—Antes deberá decimos por qué pueden ser peligrosos para nosotros nuestros futuros compañeros de guerra —insistió Mat.

Horquell pareció perder su pasividad. Escupió al suelo y dijo:

—Los azules huyen. Los persiguen los hombres de Dagmahal. No deben encontrarse en medio de una lucha, al menos ahora.

—Pensé que los Señores rehusaban combatir por estos contornos cercanos al Centro.

—Ahora nadie hará caso a ese tabú. No se preocupen por mí. No me harán daño. Cada bando cree que sirvo exclusivamente a su Señor y mis servicios son demasiado importantes.

—Está bien —dijo Mat incorporándose—. Nos iremos. Pero le prometo, Horquell, que a la primera ocasión que tengamos volveremos a charlar con usted.

Pero no tuvieron tiempo de alejarse apenas unos metros de la pequeña cabaña. Unos jinetes penetraron en el calvero. No parecían tener intención de detenerse, pero antes que

alcanzaran el otro extremo, un grupo de guerreros a caballo les cortó el paso.

Mat y Bruno se replegaron hacia la cabaña. Horquell se quedó sentado en la silla, dispuesto a presenciar el espectáculo desde su privilegiado lugar.

El primer grupo de guerreros, identificables como azules por el color de sus ropas y armaduras incrustadas en oro, detuvieron sus cabalgaduras e intentaron retirarse hacia la derecha. Aunque los amarillos eran de igual número, la lucha no parecía entrar en sus ideas.

Los hombres de Dagmahal, profiriendo gritos de combate, se lanzaron con sus largas espadas al ataque, dispuestos a sacrificarse para que algunos de sus compañeros pudieran huir.

Pero nuevos grupos de jinetes surgieron de la espesura y ante los asombrados ojos de Mat y Bruno, se desarrolló la lucha. Preventivamente, la mano de Mat se introdujo en el bolsillo y empuñó la pistola. De reojo vio que Bruno también se ponía en guardia.

Los azules fueron rodeados en un círculo que se iba estrechando a consecuencia del empuje de los amarillos. Mat descubrió que un jinete llevaba a una persona sobre su caballo, atadas las manos a la espalda. Todos sus compañeros parecían querer protegerlos, como si el prisionero fuera de suma importancia.

No necesitó Mat ninguna explicación de Horquell, suponiendo que éste pudiera dársela, para comprender que los amarillos intentaban rescatar al prisionero del poder de

los azules.

Sorprendió Horquell mascullando imprecaciones. Ya no tuvo la menor duda de que el domador estaba de parte de Henteltet y estaba lamentando que sus hombres llevasen la peor parte en la escaramuza.

Uno tras otro, los azules iban cayendo bajo las espadas de los guerreros de Dagmahal.

Nada más que cuatro defendían la integridad del jinete que portaba en su montura al prisionero.

El jefe de la partida de los amarillos gritó con fuerza para hacerse oír en medio del fragor de la lucha, conminando al enemigo a rendirse. Era indudable que si los amarillos no habían acabado ya con ellos se debía a que temían herir al prisionero.

Entonces el jinete saltó del caballo con su prisionero. Lo tomó por el cuello y se retiró unos metros, arrastrándolo, de la lucha. Los caballos de los amarillos relincharon de dolor al obligarlos sus jinetes a retroceder para no lastimar al prisionero.

El sicario de Henteltet sacó una larga daga y la levantó para que todos la vieran bien. La lucha cesó. Los cuatro azules supervivientes rodearon al hombre que amenazaba la vida del prisionero.

Al inmovilizarse la escena, Mat pudo darse cuenta que el prisionero, pese a vestir armadura y pertrechos idénticos a los hombres de Dagmahal, era una mujer. El gorro de piel que ocultaba su larga cabellera había caído al suelo y una catarata rubia relampagueó al sol.

Horquell resopló satisfecho como si le quitaran un gran peso de encima.

—Estaba temiendo que a ese estúpido no se le iba a ocurrir algo semejante.

—Váyanse si no quieren que le corte el cuello de un tajo —gritó el guerrero azul agitando la daga que apuntaba al cuello de la muchacha.

Los amarillos retrocedieron, pero no parecían estar

decididos a permitirles escapar. Su jefe cerró los ojos, torturándose la mente en hallar una solución.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó Mat a Horquell. Los guerreros estaban a más de cien metros de ellos, pero podía distinguir que la mujer era joven y no fea tal vez.

—Es Alda, la hija del Señor de los amarillos. Con ella en su poder, los azules ganarán al fin la guerra —respondió Horquell—. Ya ven cómo no me equivoqué al recomendarles el bando ganador.

Mat volvió a prestar su atención al calvero. El jefe de la partida de amarillos había optado por fin en retirarse. Sus hombres empezaban a envainar las espadas y un azul acercaba un caballo a quien amenazaba a Alda.

La diestra de Mat surgió rápida del interior de su bolsillo y un seco latigazo rompió el silencio reinante en el calvero, sólo perturbado por el relinchar de los nerviosos caballos. El delgadísimo haz de energía taladró el aire y partió en dos la daga que amenazaba a la muchacha.

—¡Estúpido! —le gritó Horquell.

Los amarillos no perdieron el tiempo. Aprovecharon la oportunidad brindada por' la intervención inesperada de Mat. Desenvainaron rápidos quienes ya tenían ocultas sus armas y los restantes supervivientes azules fueron aniquilados en unos segundos, excepto uno que logró huir.

Los guerreros de Dagmahal, pasados los primeros instantes de estupor, dirigieron sus

miradas a la cabaña. Debían saber lo que era un disparo efectuado por una pistola de energía y adivinaron quién les había resuelto la difícil situación. El jefe de la partida empezó a caminar hacia los terrestres.

Horquell masculló:

—Me equivoqué con usted, amigo. Nunca vi un tonto tan grande. El guerrero que ha huido contará a su Señor que un terrestre les impidió llevarles prisionera a la hija de su enemigo. Nunca podrá usted unirse ya a los azules.

Mat sonrió, dirigiéndose también a Bruno para infundirle ánimo. El barbudo nada dijo, pero tenía arrugado el ceño, mostrando poca conformidad con lo hecho por Mat.

—Un padre agradecido siempre será más generoso que un altivo Señor a punto de ganar la guerra.

La proximidad del capitán de los amarillos les hizo callar. Era alto, fuerte. Sus ropas gualdas relucían en los sitios donde el oro había sido incrustado. Aún sostenía en su derecha la espada ensangrentada, pero que portaba sin ánimos de pelea.

—Mi Señor Dagmahal será agradecido con ustedes cuando le diga que salvaron a su hija, señores de las estrellas. Díganme sus nombres, por favor.

—Soy Matías Delmont y mi compañero se llama Bruno.

—Soy el capitán Tarla. Encontrarles junto a Horquell me induce a pensar que acaban de cruzar la Valla y están buscando Señor a quien servir.

—Así es.

—¿Por qué nos ayudaron a nosotros precisamente? Pudieron ponerse de parte de los azules, cuando éstos nos obligaban a retirarnos.

—No me gustan los que se sirven de las mujeres como escudo.

El capitán Tarla no pudo poner un gesto mayor de asombro. Mat no pudo comprender los motivos.

—Algunos hombres de las estrellas que los pájaros de Horquell sacan del Centro son encontrados por los azules y engañados para que se enrolen

en sus filas. Les advierto que ustedes son libres para escoger el bando para quien luchar —dijo Tarla.

—Pienso que será difícil que Henteltet perdone esta intromisión nuestra —rió Mat—. No tengo más remedio que solicitar asilo a su Señor capitán.

Tarla sonrió ampliamente.

—Me complace oírle decir eso —el capitán empezó a mirar a derecha e izquierda, como si temiera algo—. Debemos retirarnos de aquí. Otras partidas de azules pueden venir. Tenemos más hombres cerca. Nos reuniremos con ellos. Ustedes deberán venirse con nosotros.

Los dos terrestres asintieron. Tarla hizo una señal a sus hombres y dos guerreros tomaron dos caballos de los guerreros azules muertos y los acercaron.

Mat montó en su caballo con más soltura que Bruno. Antes de alejarse de la casita del domador de pájaros, dijo a éste, en puro idioma de la Tierra para evitar que los nativos le entendieran:

—Horquell, le repito que nos volveremos a encontrar —notando el gesto de contrariedad del hombre, le tranquilizó—: No se preocupe. No diré nada a Dagmahal de su doble juego... por el momento.

—Le aseguro que se arrepentirá de su ligereza, Mat. No prosperará en Nelebet —

respondió
Horquell
en
terrestre.

Mat se volvió y no descubrió ningún gesto de estupor en el capitán Ed oír hablar a Horquell en una lengua que no era la usada en el planeta. ¿Sabía Tarla que el hombre de los pájaros no había nacido en Nelebet?

Al trote se aproximaron al grupo. Mat ansiaba ver de cerca a la muchacha. Esperaba
algunas palabras de agradecimiento de ella. Pero el capitán no quería permanecer más tiempo en el calvero y ordenó la partida. La hija de Dagmahal ni le dirigió una mirada curiosa. Pasó por su lado altiva y bella, pese a sus vestiduras de guerrero, poco favorecedoras a sus encantos.

CAPITULO IV

Horas después se les unió un numeroso grupo de guerreros, que lanzaron gritos de victoria al ver que el capitán Tarla llevaba a la hija de Dagmahal.

Mat conocía varias costumbres de Nelebet, pero lo que descubrió en el recién incorporado pelotón le explicó la mirada de extrañeza anterior de Tarla, cuando él se refirió a Alda otorgándole los privilegios de una frágil dama.

La mitad de los jinetes del pelotón eran mujeres, que cabalgaban y llevaban sus armas con igual destreza y desparpajo que el más curtido de los guerreros varones.

Bruno cruzó mía mirada con Mat, disimulando una irónica sonrisa, dijo:

—El caballero galante salió en defensa de la frágil damita.

Y soltó una estentórea carcajada que atrajo la atención de los jinetes próximos a él. Mat gruñó algo entre dientes y decidió no responder.

Al anochecer, después de una breve parada para tomar una frugal comida, llegaron a la capital de la región dominada por Dagmahal.

Mat pudo hacerse una idea de la ciudad gracias a la luz de las lunas gemelas de Nelebet. No esperaba encontrarse con otra cosa distinta a lo que sus ojos estaban viendo. Aquello fue dos o tres siglos atrás una populosa urbe, de pequeños pero bellos edificios, típica de las colonias de la Primera Era. El paso del tiempo, junto con el aislamiento forzoso, provocó un retroceso en todos los aspectos característicos de la comunidad. El urbanismo cedió a la conveniencia y desde hacía muchos lustros los edificios comenzaban a caerse de viejos. Las construcciones que se fueron añadiendo en los suburbios denotaban una rusticidad en su elaboración deprimente.

Pronto percibió Mat el olor característico de un núcleo urbano, donde el alcantarillado hacía mucho tiempo que había

dejado de existir. La suciedad reinaba, al menos, en los arrabales. Los descendientes de los primeros colonos de Nelebet parecían haberse despreocupado desde hacía mucho tiempo por embellecer la ciudad. Seguramente la larga guerra que sostenían con la otra mitad de los descendientes de los súbditos de la Primera Era resultaba ser la causa por lo que se habían olvidado de procurarse un mínimo de comodidades.

Llegaba la noche y la gente que se cruzaron en el camino descubrió la presencia de
Alda, a quien empezaron a saludar con júbilo. La muchacha apenas si se dignó levantar la mano para responder.

Formaban un gran estrépito los caballos al pisar el pavimento adoquinado. Mat se dijo que aquello no correspondía a los tiempos de la Primera Era, en la que las calles se cubrían con un compuesto de caucho sintético. Algún antiguo gobernante debió tener una inspiración para ordenar aquel trabajo. Sus sucesores no debieron sentirse tentados en seguir la labor, pues pronto entraron en otras calles en las que el caucho había desaparecido casi totalmente a causa del uso y falta de reparación y la tierra polvorienta era levantada por las pisadas de los caballos.

—Me pregunto para qué les sirve a esta gente poseer tanto oro —gruñó Bruno—.
Viven como salvajes.

Mat respondió:

—He visto peores Mundos Olvidados que éste, Bruno. Recuerdo uno en el que a sus

habitantes poco les faltaba
para practicar la antropofagia.

Bruno tragó saliva.

—Me alegro que al menos en éste no hayan descendido tanto de nivel.

Irrumpieron en una gran plazoleta. Docenas de antorchas la iluminaban. Muchas personas empezaron a congregarse ante la entrada de un edificio de aspecto majestuoso. Mat se dijo que posiblemente siglos atrás en él había vivido el regidor del planeta. Ahora debía ocuparlo el Señor Dagmahal.

Unas grandes puertas se abrieron cuando la tropa llegó frente al edificio, penetrando en un túnel que les llevó hasta un gran patio.

Acudieron criados corriendo a hacerse cargo de los caballos. Mat vio a Alda descender ágilmente y dirigiese hacia una puerta a vivo paso. El capitán Tarla acudió al lado de Mat, diciendo:

—He enviado a un guerrero para que comunique al Señor que gracias a usted pudimos salvar a su hija. No tardará en quererle ver.

Mat tiró las bridas de su caballo a un criado y caminó junto a Tarla.

—¿Hay muchos hombres de las estrellas aquí? El rostro de Tarla se ensombreció al responder:

—Pocos. No comprendemos cómo casi todos los que cruzan la Valla toman el camino de los territorios de Henteltet. Pero el Señor se sentirá contento cuando vea que ustedes dos traen armas de las estrellas. Estoy seguro que todos los que nuestros enemigos reclutan no las tienen.

Mat escuchó que Bruno emitía una maldición entre dientes. Debía seguir pensando que debieron hacer caso al consejo del hombre de los pájaros para que se unieran a los azules.

Entraron en el edificio. Los corredores estaban alumbrados con teas impregnadas en grasa. Un guerrero les alcanzó para decir al capitán que el Señor deseaba ver inmediatamente a los hombres de las estrellas.

—Apresuraremos el paso. Al Señor no le gusta esperar.

Anduvieron por varias salas y corredores. Mat empezó a darse cuenta de lo grande que era el edificio. Aquello, en lugar de haber sido la residencia del Regidor, debió servir de centro administrativo del planeta, o, al menos, de una vasta región de éste.

Cruzaron delante de una guardia fuertemente armada apostada ante la entrada de una sala. En ella había una larga mesa de plástico, rodeada de sillas, ninguna de ellas igual a otra. En el extremo de la mesa, un hombre les observaba. Detrás de éste, dos corpulentos individuos con lujosa armadura parecían formar su guardia personal. Permanecían silenciosos e inmóviles.

—Acercaos —dijo el hombre sentado tras la mesa. Lucía mi grueso bigote, cosa poco común entre los nativos de Nelebet, según había podido Mat observar hasta entonces.

Avanzaron hasta el lugar donde estaba el Señor Dagmahal, que parecía escrutarles como si pensara comprarlos o no. Tarla se quedó un poco rezagado, saludando con una leve inclinación de cabeza.

—Parece ser que gracias a vosotros resultó más fácil para Tarla y sus guerreros rescatar a Alda de los perros azules.

—Sólo disparé una vez, Dagmahal —dijo Mat—. Mi disparo fue certero y partí en dos la daga.

—Quiero ver la pistola. Me hablan tanto de ellas... Guardo algunas antiguas, pero ninguna funciona. Ya nadie es capaz de hacer que disparen. Las heredé de mi padre y éste lo hizo de mi abuelo.

Mat sacó la pistola del bolsillo y no dudó en entregarla a Dagmahal, que la recibió con una conturbadora sonrisa.

La amartilló y como gastando una broma pesada apuntó con ella a los terrestres. Bruno dio un respingo, pero Mat permaneció imperturbable.

—¿No temes que te mate y me quede con ella, hombre de las estrellas? —Dagmahal sonreía torvamente—. Yo no temo a los hombres como tú. Sé que los que viven en el Centro son iguales a nosotros. La única diferencia estriba en que poseen modernos medios para matar, para luchar.

Mat respondió a las palabras del Señor de los amarillos con una sonrisa burlona y diciendo:

—Esa pistola sólo podría servirte como adorno, Dagmahal.

—Todos me llaman Señor —rechinó el nelebetiano.

—Si te he ofendido, ¿por qué no usas la pistola contra mí?

A la luz de las antorchas, Mat se regocijó al notar la palidez en el rostro de Bruno y el enrojecimiento del de Dagmahal. El Señor crispó la mano alrededor de la pistola y su índice apretó el disparador.

Nada ocurrió. Sorprendido, Dagmahal volvió a accionar el disparador varias veces. Furioso, se revolvió contra el capitán Tarla, diciendo:

—Imbécil. Me dijiste que este hombre disparó su arma —arrojó sobre la mesa la pistola y dijo—: Es tan inservible como las mohosas que heredé de mi padre.

Mat tomó el arma tranquilamente, la empuñó y apuntó durante unos segundos contra una de las sillas. El estallido se produjo y el trazo de luz convergió sobre la silla, quemándola en medio de un chisporroteo deslumbrador.

Los dos hombres apostados detrás del Señor lograron salir de su estupor y ya sacaban sus espadas cuando Dagmahal

les contuvo con un enérgico ademán. Dirigió a Mat una mirada furiosa, interrogadora al mismo tiempo.

—¿Por qué antes no funcionó? Yo sé hacerlo.

—En esta clase de pistola existe un seguro que sólo mi compañero y yo conocemos. No me vas a creer tan estúpido como para entregarte la pistola. Ya ves que tus intenciones no han resultado ser muy buenas para mí.

El silencio que se hizo en la sala resultó pesado. Al cabo de un indeterminado lapso de tiempo, el Señor soltó una sonora carcajada.

—Me alegro que exista ese seguro. Ahora lamentaría haberte matado. Estoy seguro que me servirás. Además, no te estaba apuntando. Sólo hubiera chamuscado el muro.

La tensión había quedado disuelta. Dagmahal señaló sillas para ellos. Una vez acomodados, y a una señal del Señor, dos criados penetraron silenciosamente, dejando sobre la mesa vasos y vino. Después de tomar unos sorbos, Dagmahal dijo:

—Hasta ahora sólo estúpidos guerreros de las estrellas han llegado a mí. Henteltet tiene la suerte de llevarse, al parecer, los mejores. Ninguno ha venido a mí con armas. Y esto no es conveniente. Estoy temiendo un ataque total de los azules.

—¿Cuántos mercenarios de las estrellas calculas que tiene el enemigo? —preguntó

Mat.

—Alrededor de la veintena. Casi todos con armas como la tuya. Son suficientes para poner en un aprieto a mis guerreros. Me temo que no podré seguir impidiendo por mucho tiempo que los azules se adueñen de la Gran Discordia.

—Mi amigo y yo estamos de acuerdo en ayudarte, Dagmahal, pero precisamos ultimar un importante detalle.

—¿Cuál es?

—La paga.

—Ya. ¿Oro? Tendréis todo el que queráis.

—Sé que para ti dar oro a cambio de que expongamos nuestras vidas es un magnífico negocio; no queremos oro, sino diamantes rojos.

La ironía del semblante de Dagmahal desapareció.

—¿Qué sabes de los diamantes rojos? Hasta ahora ningún terrestre me ha insinuado conocer su existencia.

—No lo sabrán quienes han venido hasta tí. Mi compañero y yo estaremos un año a tu servicio. Después de éste, nos entregarás cien diamantes rojos... a cada uno.

—Serán treinta a repartir entre los dos. No tengo más. Pero el oro abunda en Nelebet. Me gustaría más pagarte así.

—El oro es demasiado pesado. Los diamantes me los comprarán a buen precio en la Tierra y apenas abultan. Además...

—¿Exiges otra condición?

—Yo obedeceré tus órdenes siempre que éstas sean sensatas; pero los demás mercenarios terrestres que tienes bajo tu mando me obedecerán a mí.

—Me coges de buen humor, Mat Delmont —farfulló Dagmahal—. Concedido. Pero tendrás que prometerme que a nadie dirás que te voy a pagar con diamantes rojos. Tendría problemas si los demás mercenarios me exigieran el mismo pago que tú.

—No temas —rió Mat—. No me

interesa quedarme sin cobrar.

Dagmahal alzó su copa, diciendo:

—Brindemos porque nuestra alianza nos permita que yo te pueda pagar. Recuerda que si Henteltet triunfa no verás un diamante.

—Estoy seguro de ello. Ahora quisiera retirarme a descansar. Veré a tus mercenarios de las estrellas mañana.

El Señor llamó a uno de los criados y le dijo que condujera a los hombres de la Tierra al ala este, explicando a ellos:

—Son buenas habitaciones. A los demás mercenarios los tengo alojados en otras inferiores.

—Agradecidos por la distinción —dijo Mat.

El y Bruno siguieron al criado que les mostraba el camino. Después de cruzar varios corredores y ascender por unas escaleras hasta el piso inmediato, el criado se detuvo ante una puerta, que abrió con una llave, pasando él primero para encender las velas que descansaban sobre pesados candelabros de hierro.

La habitación tenía dos camas. Una de ellas era de aluminio, de los tiempos de la Primera Era, pintada y reparada varias veces. La otra correspondía a muchos lustros después, de madera y muy sencilla. El criado preguntó si deseaban algo. Bruno pidió una

buena jarra con vino, alegando que de madrugada se despertaba con mucha sed.

El criado se retiró y Bruno probó las dos camas, preguntando a Mat cuál prefería él.

—Me es igual —respondió Mat, sentándose en una silla y procediendo a quitarse las botas. No había terminado con la primera cuando alguien llamó enérgicamente en la puerta.

Al abrirla se encontró con la mayor sorpresa de su vida, agradable empero. Alda estaba en el corredor. Se había quitado los pertrechos de guerra y vestía un femenino traje escotado y abierto por los lados. Sus largas y bien formadas piernas se dejaron ver pródigamente cuando con resolución entró en la habitación. Bruno se levantó de un salto de la cama al verla.

—Buenas noches, princesa Alda —dijo Mat parodiando una versallesca reverencia.

La muchacha se volvió presta. Su rostro serio fue una clara respuesta para Mat de que no le había agradado la broma.

—No soy princesa. Soy la hija del Señor Dagmahal, a quien obedecéis —dijo secamente.

—Lo sabemos, señorita. Me estaba preguntando si se había dado cuenta que existo.

—¿Por qué dice eso?

Mat se encogió de hombros.

—Por el camino no me dirigió ni una sola mirada.

—¿Esperaba mis palabras de agradecimiento?

—Tal vez. Creo que mi intervención fue decisiva.

—No se agradece lo que hace un mercenario. Se le paga.

—Aún no he pasado la factura a su padre. Lo que me pague de ahora en adelante tendré que ganármelo.

—¿Insinúa que cuando me salvó aún no estaba a su servicio?

—Exactamente. Acabamos de llegar a un acuerdo. El Destino ha hecho que me una a él. Estuve a punto de ofrecer mis servicios a Henteltet cuando la partida que la llevaba prisionera pasó por la cabaña del hombre de los pájaros. Obré

de forma instintiva. Quise salvarla, sin saber que era la hija del jefe de los amarillos.

La muchacha parecía sinceramente sorprendida.

—Eso cambia las cosas. Tarla no me contó nada por el camino. Supuse que ya luchaban al lado de mi padre. Tengo que hablar con él.

Mat empezó a dibujar una divertida sonrisa.

—Pero aún no me ha explicado cuál es el motivo de su

presencia en esta habitación.

—Estaba en la cocina cuando el criado llegó por vino. Me dijo que los guerreros de las estrellas estaban aquí. Pese a que los mercenarios son poco dignos de mi admiración, algo me ha impulsado a venir a darte las gracias.

—Una reacción que dice mucho y bien de ti.

Mat estaba dispuesto a responder con el tuteo a quien de esta forma se dirigiera a él. Al parecer carecía de importancia en Nelebet el tratamiento.

—Pareces distinto a los mercenarios.

—¿Es otro cumplido?

—Aún no lo sé. El tiempo dirá si te diferencias de los demás porque eres menor o no. Ahora debo marcharme. Estoy agotada. Los hombres de Henteltet me capturaron esta mañana cuando estaba de caza. Alguien debió avisarles dónde estaba yo.

—Aún no me has dado las gracias.

Alda se dirigía a la salida y se detuvo. Se volvió para mirar a Mat visiblemente intrigada.

—¿No es suficiente la intención? ¿Tengo que pronunciar las rituales palabras?

—La verdad es que no me refería al agradecimiento verbal —miró a Bruno, que se excusó por su presencia haciendo un ademán de impotencia. Sonrió Mat y dijo a Alda—: Lo siento, preciosa, pero las circunstancias no son propicias para otra cosa que no sea expresarnos oralmente.

Como corroborando la insinuación de Mat, llegó el criado con la jarra de vino. Alda volvió la espalda y se marchó altiva, seguida por la mirada burlona de Mat.

CAPITULO V

—Me parece, Mat, que tú sabes más de este planeta de lo que pretendes demostrar —

dijo Bruno mientras se dirigían al dormitorio que utilizaban los mercenarios de Dagmahal.

—¿Por qué lo dices?

—Nunca escuché decir que había diamantes rojos aquí.

Se habían detenido delante de una ventana. A través de ella veían la recién despertada ciudad. Era la hora del mercado y las calles estaban repletas de gentes vociferantes, de carretas tiradas por mulos y mendigos.

—Debes confiar en mí, Bruno. Sí, es cierto que conozco bastantes cosas de este planeta. Sé lo que hago. ¿Crees que me he puesto al lado de Dagmahal porque sí? De habernos marchado con Henteltet sólo seríamos los recién llegados, los novatos, a quienes se les pagaría con las sobras. Aquí somos los jefes de los mercenarios y ganaremos una fortuna en diamantes rojos, que nos los quitarán de las manos cuando regresemos con ellos a la Tierra.

—Pero nos hemos puesto de parte del bando que lleva las de perder.

—Eso da más interés a la aventura.

—Prefiero poco, pero seguro. Enfrente tendremos muchos mercenarios, casi todos armados. ¿Qué podremos hacer nosotros dos contra ellos?

—Ya te lo diré más adelante, cuando sepa si realmente es o no quien supongo el que está al mando de la partida de mercenarios de Henteltet.

—Esto no me gusta nada, Mat —Bruno movió la cabeza.

—Puedes irte cuando quieras. Ofrece tus servicios a Henteltet. Puedes quedarte con la pistola. Sin ella poco valdrías ante los azules.

Los labios enmarcados por la poblada barba de Bruno se distendieron para dibujar una amplia sonrisa.

—Me gustan más los diamantes rojos que el pesado oro. Mat le dio un golpe en la espalda y dijo:

—Así me gusta. Sabía que dirías eso.

Entraron en el dormitorio de los mercenarios, llegando justo cuando éstos se levantaban. Algunos se estaban aseando en barreños. Mat se presentó y dijo que él iba a ser el jefe. Esta noticia dejó indiferentes a casi todos menos a tres, que empezaron a poner objeciones con cierta debilidad. Se callaron cuando se percataron de que el nuevo jefe y su lugarteniente llevaban armas.

Mat conversó ligeramente con cada uno. Quería hacerse una idea de lo que valía aquella tropa. Salió decepcionado del dormitorio, diciendo a Bruno en el pasillo:

—Estos tipos no valen una milésima. Poco partido podrá sacar Dagmahal a esta banda de vagabundos. Ninguno de ellos tiene agallas para empuñar una espada y vestir armadura.

El mal humor había hecho presa en Mat. Salieron al patio. Varios criados trabajaban en él, aseándolo de los excrementos dejados la noche anterior por los caballos.

—Está claro el juego de Horquell, Bruno. El está de parte de Henteltet y engaña a Dagmahal, haciéndole creer que amaestra los loros para traerle gente aguerrida de Palmeras Largas. Pero sólo ha enviado a los inservibles, que paga Dagmahal con oro. Los

valientes, los diestros, están con Henteltet.

—El muy sinvergüenza... —empezó a maldecir Bruno—. Debemos volver a su cabaña y darle una lección.

—Horquell ya no estará allí. Sabía que nosotros nos daríamos cuenta de todo y alertaríamos a Dagmahal. A estas horas estará seguro al lado de Henteltet. Se acabó el negocio de los pájaros parlantes.

—¿Quieres decir que ya no habrá más loros en el Centro?

—Me temo que no. Y esto puede traer consecuencias imprevistas por parte del Orden. La Valla puede derrumbarse en cualquier instante y el *statu quo* del planeta, desaparecer. La hora de los mercenarios en Nelebet puede llegar a su fin.

—¿Qué hacemos ahora?

—Siempre me han atraído los mercados. Iremos a echarle un vistazo al de la ciudad. Llegaron hasta el cuerpo de guardia. Allí encontraron a Tarla conversando con un oficial. El capitán les saludó. Adivinó sus intenciones de salir del edificio y les aconsejó:

—No es que sea en absoluto peligroso, pero los hombres de las estrellas atraen demasiado la atención del populacho. Serán identificados por las ropas que llevan. Debo proporcionarles otras menos llamativas.

A Mat le pareció bien la sugerencia y pocos minutos después cruzaban la puerta cubiertos por gruesas y largas capas pardas. Tarla incluso les había entregado unas monedas, diciendo que el Señor le había ordenado la noche anterior que no les faltase nada.

Recorrieron las calles del casco antiguo de la ciudad. Algunos siglos antes aquello debió constituir el centro administrativo de la región minera del planeta. Por donde antes corrieron veloces vehículos con minerales, ahora lo hacían cansinos mulos tirando de chi- rriantes carros. Pero pese al transcurso del tiempo, aún eran identificables muchas huellas dejadas por la Primera Era.

El mercado no estaba a mucha distancia. A empujones se abrieron paso entre la abigarrada multitud. Las voces de los vendedores se mezclaba en aturdidora sinfonía con el ruido producido por los herreros y subastadores de esclavos azules.

Mat pensó que la esclavitud sería una de las primeras cosas que el Orden suprimiría cuando hiciera su entrada en el planeta. Se preguntó a qué se debía la demora, por qué no se decidía el Orden a iniciar su labor en Nelebet,

Cierto que había mucho oro en el planeta, pero no el

suficiente como alterar su precio

en la Galaxia. La única explicación era que también el Orden conocía la existencia de los diamantes rojos, lo que sí exigía una actuación más cuidada.

Pero Mat dudaba que el Orden conociera la existencia de ricos yacimientos de diamantes rojos. Las explotaciones en Nelebet se comenzaron cuando finalizaba la Primera Era y entonces las comunicaciones con la Tierra ya eran deficientes.

Las dos compañías que explotaban las minas de oro solicitaron a la Tierra al mismo tiempo el permiso de explotación diamantífera. Pero nunca llegó la contestación otorgándose licencia a una u otra. A partir de entonces comenzó la lucha que duraba siglos, por lo que los nativos la llamaban la Gran Discordia. El tiempo había borrado de las mentes los verdaderos motivos de la guerra. Los diamantes dejaron de extraerse y sólo existían en el planeta los pocos que se consiguieron antes de que estallara el conflicto. Lo

que empezó como una disputa comercial degeneró con el transcurrir de los años en una verdadera guerra armada.

Mat tuvo la suerte de encontrar unos registros olvidados, los mensajes originales de una de las dos compañías denunciando la veta y solicitando el permiso de explotación. Entonces supo que en Nelebet le esperaba la fortuna, la riqueza para toda su vida. Pero alguien debió encontrar el mensaje de la segunda compañía y tuvo sus mismos pensamientos. Y ese alguien tal vez era quien había llevado los mercenarios a Henteltet.

Se preguntaba quién podía ser el hombre y que ahora ponía sus interesados servicios bajo las órdenes del Señor Azul.

Se detuvieron un rato para ver la venta de algunos esclavos capturados a los azules. Uno de ellos era una muchacha joven que reflejaba en su rostro la amargura de su condición, de las vejaciones sufridas desde que fue apresada. Mat obligó a Bruno a alejarse de allí asqueado.

Anduvieron un rato en silencio y Mat dijo:

—Nos están siguiendo. No vuelvas la cara.

—¿Quién es?

—Posiblemente Dagmahal no se fía de nosotros totalmente y ha puesto alguien tras nuestros pasos para asegurarse que no intentaremos pasamos al enemigo.

—¡El muy desconfiado!

—Ven. Vamos a darle un susto.

Mat empujó a Bruno hacia una callejuela. Corrieron un poco y se refugiaron dentro de un oscuro portal. Allí esperaron en silencio con las pistolas empuñadas. Escucharon pasos. Cuando una figura envuelta en ropas grises cruzó por delante de ellos, salieron y Bruno le hincó el cañón de su arma en los riñones. Mat dijo:

—Entra ahí. Despacio. Queremos ver tu cara.

El desconocido la llevaba casi oculta por una capucha de burdo telaje. Con pocos miramientos, Bruno le empujó al interior del portal y le quitó la capucha de un manotazo. No se

sorprendieron demasiado cuando descubrieron que se trataba del hombre de los pájaros.

—Quería hablaros —dijo Horquell.

—¿Sólo para eso nos seguías? —preguntó Mat. Bruno dibujó una divertida sonrisa, diciendo:

—Precisamente no hace mucho estaba diciendo a Mat que debíamos hacerte una visita de cumplido. Nos has ahorrado el viaje.

Mat le hizo un ademán a su compañero para que callara.

—Esperaba una ocasión para abordaros —dijo Horquell—. Mucha gente de esta ciudad me conoce como el hombre de los pájaros y no deseo ser identificado.

—Me imagino que habrás dejado tus pájaros en libertad, ¿no?

—Sí. Por vuestra causa ya no podré enviarlos más al Centro. Supongo que Dagmahal ya sabe que los terrestres que cruzan la Valla son enviados en su mayor parte con Henteltet, ¿no es así?

—Aún no sabe nada de tu doble juego, pero te aseguro que no tardará en saberlo.

—Lo suponía —suspiró Horquell—. Y es imposible operar con los pájaros lejos de Palmeras Largas. No saben encontrar el camino. Pero todo esto aún puede arreglarse.

—¿Cómo?

—Os llevaré con Henteltet. El olvidará que vosotros evitasteis que Alda fuera llevada a su territorio para obligar a su padre que abandonara la vigilancia de la Gran Discordia. Estamos a punto de dar el golpe definitivo a los amarillos. ¿Has visto a los mercenarios de Dagmahal?

Mat asintió con la cabeza.

—No valen nada —dijo Horquell—. Huirán cuando oigan los primeros disparos de pistola o escuchen el silbar de las flechas. Dagmahal perderá la lucha antes que el Orden entre en el planeta.

—¿Y qué ocurrirá entonces?

—Es preciso que para cuando suceda tal cosa cada cual posea lo que le interese. El
Orden suele respetar las propiedades de los nativos.

—O de los extranjeros que se hayan aposentado
de grado o por la fuerza, ¿no? Horquell miró a Mat
desconfiadamente.

—Sabes mucho, Mat Delmont. Me gustaría conocer todo lo que sabes.

—Lo mismo digo respecto a ti.

—No puedo perder más tiempo. ¿Qué decides? Con Henteltet puedes regresar a la
Tierra repleto de oro.

—Podría aplastarme tanto peso —sonrió Mat—. Prefiero llevar las riquezas en un bolsita... en diamantes rojos.

Mat sabía que la reacción de Horquell iba a ser de completa sorpresa. No se equivocó. Horquell abrió la boca desmesuradamente al tiempo que sus ojos miraban, incrédulos, a Mat.

—Así que estás al tanto del secreto —musitó.

—Tu dijiste que sabía bastante.

—Pero no supuse que fuese tanto.

—Ya está bien de tanta charla —intervino Bruno—. Debemos entregarlo a Dagmahal. Le gustará saber que lo ha estado engañando como a un imbécil.

—No es ético —repuso Mat—. Horquell vino a hablar con nosotros. Es una especie de tregua. Vete, Horquell.

Horquell volvió a colocarse la capucha. Sus ojos chispeaban cuando decía mientras se alejaba:

—Volveremos a encontramos; más pronto de lo que supones.

El hombre de los pájaros desapareció rápidamente entre la multitud al salir de la callejuela. Los dos compañeros volvieron lentamente al mercado, buscando el camino de regreso al palacete.

—Has obrado mal dejándole marchar —recriminó Bruno a Mat.

—Sólo podíamos llevarlo vivo ante Dagmahal. Horquell, al verse perdido, hubiera hablado más de la cuenta. Tanto, que incluso nosotros nos encontraríamos en una posición difícil.

Retomaron a la mansión de Dagmahal. El oficial de guardia les anunció que el Señor les aguardaba con impaciencia. Un criado les condujo presuroso hasta la misma sala donde la noche anterior les recibiera el Señor de los amarillos.

—¿Qué tal os ha ido la visita a la ciudad? ¿Os gustó? —preguntó Dagmahal mientras

daba cuenta de un copioso almuerzo. A su lado se sentaba Alda, vestida nuevamente con sus ropas de combate sobre las cuales debía ponerse la armadura dorada. Dirigió a Mat una ligera mirada, regresando en seguida su atención a la comida.

—Poco —respondió Mat—. Nunca vi nada tan sucio.

—Sentaos. Os servirán de comer —dijo Dagmahal, disgustado en el fondo por la sinceridad de Mat—. Pero te advierto que la ciudad de los azules es más pequeña y sucia que la mía.

Mat ocupó una silla frente a Alda y respondió:

—Es lógico. Aquí estuvo afincada la primera compañía minera. La segunda en llegar al planeta, los antepasados de los azules apenas tuvieron tiempo de levantar sus campamentos provisionales cuando la Tierra perdió el contacto con el planeta. La respuesta a las peticiones de explotación nunca llegaron.

Dagmahal dejó de comer y miró extrañado a Mat.

—¿Qué estás diciendo? No entiendo nada.

Mat había realizado una jugada para intentar averiguar hasta qué punto Dagmahal conocía la historia de Nelebet. La extrañeza del Señor parecía ser auténtica. Su desconocimiento tal vez pudiera ser total. Y lo más probable es que ocurriese otro tanto con Henteltet. Por lo tanto, los únicos en estar en posición de la verdad eran los mercenarios que luchaban con los azules... y él.

—Nada. Es que estaba pensando en mi mundo.

—Algún día tendrás que hablarme de él. Mi padre me contaba muchos relatos extraños, oídos a mi abuelo, y referente a los tiempos en que grandes navios salían y entraban continuamente de este planeta. Los que quedaron apenas son hoy un montón de chatarra mohosa. Mi padre me dijo que no llegaron a funcionar o fueron estropeados en los primeros días de la guerra.

»Se rumoreaba que cuando el Orden derribe la Valla que rodea su Centro de Acercamiento, los tiempos de prosperidad

volverán a Nelebet; se acabará el hambre, las guerras y los azules recibirán su castigo.

Mat trató de disimular una sonrisa irónica. Dagmahal había interpretado a su conveniencia las palabras que los servidores del Orden habían expandido por el planeta a su llegada. De lo que sí estaba seguro que desaparecería era la oligarquía reinante. Cada cual conservaría sus propiedades, siempre que fuesen justas. Dagmahal no sería castigado, pero no seguiría gobernando a los amarillos sin su consentimiento, como Hen- teltet tampoco dispondría de la vida y muerte de sus vasallos.

—¿Qué dijeron los del Orden que harían el día que la Valla desaparezca? —preguntó Mat.

—Hace muchos años llegaron las primeras naves. Entonces enviaron emisarios a parlamentar con Henteltet y conmigo. Nos dijeron que pronto regresarían y que Nelebet podría comerciar con todos los mundos, que somos un planeta rico gracias a nuestro oro, y que seguramente tenemos otras riquezas tan buenas como el oro o mejores sin saberlo.

—Pero no por eso dejasteis de guerrear y mataros, ¿eh?

—El Orden nos aseguró que no se inmiscuiría en nuestros asuntos internos hasta que no abrieran el planeta a la Galaxia —gruñó Dagmahal y añadió con firmeza—: Pero no

podemos permitir que los azules se aprovechen de las circunstancias para adueñarse de la Gran Discordia. Si para cuando el Orden baje la Valla ellos están allí, nadie será luego capaz de echarlos.

El interés de Mat creció considerablemente.

—Cuéntame qué es la Gran Discordia.

—Es un cochino pedazo de tierra situado en una región que ninguno de los dos bandos dominamos plenamente. Está entre la ciudad de los azules y la nuestra. Desde hace muchos años luchamos por ser los dueños absolutos de ese territorio. Nos vigilamos continuamente. Cuando descubrimos que el otro quiere penetrar allí, entonces combatimos. Hasta hoy siempre han quedado los combates en tablas. Así, desde tiempos lejanos.

—¿Por qué esa lucha? ¿Existe algún motivo importante que la justifique? ¿Qué beneficios se pueden obtener siendo dueño de la Gran Discordia?

—No puedo contestar a tus preguntas porque desconozco las respuestas. Sólo sé que mi padre me hizo jurar que mientras yo viviera no permitiría que los azules se apropiaran del valle. Mi padre hizo la misma promesa al suyo cuando éste le entregó el mando del pueblo amarillo. Si él pudo cumplir con su promesa, yo debo hacer otro tanto.

Un criado puso delante de Mat un enorme plato con viandas. Se veían apetitosas. Al probarlas se confirmó tal creencia.

—¿Has intentado, Dagmahal, llegar a un acuerdo con Henteltet para repartiros la Gran Discordia? —preguntó

Mat.

El tenedor de oro cayó sobre la mesa de las manos de Dagmahal. Su mirada de asombro era grande.

—¿Estás loco? La posesión de la Gran Discordia no puede dividirse. Si yo hiciera llegar a Henteltet tal propuesta se reiría de mí durante un año.

—Comprendo. Perdona mi ignorancia —se disculpó Mat fingiendo humildad. Al mismo tiempo descubrió que Alda lo miraba con marcada desconfianza o incredulidad.

La muchacha no parecía creer en la sinceridad de sus palabras. No debía ser tan tonta como su padre, pensó Mat. Tenía que andarse con cuidado con ella en lo sucesivo.

—Sin embargo, también deberás disculpar mi desconfianza —añadió Mat con cierta impertinencia, desafiando la mirada animosa de Alda—. Quisiera asegurarme que llegado el día cobraré lo estipulado.

Dagmahal cesó de beber en la copa de oro que le acababa de llenar un criado. Lentamente, preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Deseo ver los diamantes rojos.

—¿Dudas que los tenga?

—Así es.

Mat terminó de pronunciar la escueta respuesta y estuvo preparado a cualquier clase de reacción violenta por parte de Dagmahal, Bruno, nervioso dejó de comer, preguntándose cuándo su compañero dejaría de ponerle en dificultades. Pero Dagmahal estalló en una estentórea risa. Se llevó las manos al cinto y sacó de allí una bolsa de cuero, que abriéndola arrojó sobre la mesa dos docenas de llameantes diamantes rojos.

—Desde anoche estaba seguro que no pasaría de hoy que me pedirías verlos, terrestre.

Por esta vez he sido más listo que tú —luego, volviéndose torvo, agregó—: Pero son todos los que poseo. Mi familia los tuvo desde el comienzo de la guerra contra los azules. Yo no les doy el valor que tú les das. Me gustaría creer que tienen tanta importancia en la Tierra.

Mat contuvo sus deseos de tomarlos y verlos de cerca. No convenía demostrar a Dagmahal que la presencia de los diamantes rojos lo turbaba. Allí había cerca de dos millones de créditos. Queriendo aparentar tranquilidad, e incluso indiferencia, dijo:

—Me complace tu intuición, Dagmahal. Con esta cantidad de diamantes mi compañero y yo nos consideraremos bien pagados.

Dagmahal recogió los diamantes y los guardó en la bolsita.

—Respecto a los mercenarios que tienes a tus órdenes lamento decirte que puedes licenciarlos desde este mismo instante —dijo Mat—. Era una cuestión que debía resolver cuanto antes, pues estaba seguro que aquella partida de vagabundos no le serviría sino de estorbo a la hora de la lucha.

—¿Pretendes que se unan a Henteltet?

—Tu enemigo no los querrá ni gratis. Conozco a mis compañeros de las estrellas y sé quiénes tienen agallas y quiénes no. Son basura, ratas que huirán antes de entrar en combate. Hazme caso.

—Tu comportamiento, terrestre, es inaudito. Te permites darme órdenes...

Las furiosas palabras de Dagmahal fueron interrumpidas por la inesperada entrada en el salón de un guerrero. Llegaba sucio y jadeante. Detrás de él entraron Tarla y algunos oficiales más.

El guerrero se acercó hasta Dagmahal y después de una corta reverencia, dijo:

—Los azules están atacando la guarnición de la Gran Discordia desde esta madrugada, señor. Mercenarios de las estrellas luchan al lado de Henteltet en elevado número.

Tarla añadió:

—Es cierto, Señor. Otras patrullas han regresado a la ciudad con la noticia de que tropas azules se aproximaban esta madrugada a marchas forzadas a la Gran Discordia.

El Señor golpeó con ira la mesa, haciendo rodar copas y

cayendo platos al suelo. Gritó:

—Que se reúnan todos los guerreros, que sólo quede una pequeña guarnición en la ciudad. Vamos todos —volviéndose a Mat, preguntó ceñudo—: ¿Sigues pensando que es una estupidez llevar a mis mercenarios de las estrellas?

Mat asintió en silencio.

—Está bien —admitió Dagmahal—. Tal vez me arrepienta; pero hay algo en ti que me obliga a confiar. Pero te juro que tu compañero y tú deberéis luchar por los que se quedarán aquí.

El Señor de los amarillos se alejó presuroso a sus habitaciones en busca de sus pertrechos de guerra. En el patio empezaron a sonar sobre las losas las herraduras de los caballos y entrechocar de las armas y corazas. Alda dijo a Mat al pasar por su lado:

—Estaré vigilándote, terrestre; no me fío de ti.

Mat respondió con una sonrisa y la vio alejarse altiva.

CAPITULO VI

La tarde finalizaba cuando los guerreros quedaron reunidos. El ejército partió poco después, sembrando el desconcierto entre la población, aún ignorante del ataque enemigo.

En cabeza cabalgaban Matías y Bruno, cerca de Dagmahal, Alda y el capitán Tarla. Los mercenarios terrestres recibieron la noticia de que ellos no partirían con la columna de socorro con visible satisfacción. Dagmahal prometió ocuparse de ellos al volver, pero Mat le dijo que no merecía la pena castigarles. Debía dejarlos regresar al Centro. Allí sufrirían las burlas de los habitantes cuando los vieran retomar sin un gramo de oro.

—Necesitaremos toda la noche para llegar a la Gran Discordia —dijo Dagmahal cuando Mat le preguntó por la distancia en que se encontraba el valle.

A Mat no le había sorprendido, ya que más de un tercio de los guerreros amarillos estuviera compuesto por mujeres. Le habían contado que entre los azules ocurría lo mismo. La escasez de habitantes en Nelebet parecía haber obligado a las mujeres a tomar las armas al igual que los hombres.

A medida que se alejaban de los terrenos cercanos a la ciudad, las granjas fueron desapareciendo. Tarla dijo a Mat que las que antes existieron en aquellos contornos estaban emigrando a las zonas que rodeaban el Centro. Ambos ejércitos rehusaban combatir por allí. Explicó que los secuestradores de Alda eligieron aquel camino para regresar a la ciudadela de Henteltet porque debieron pensar que por allí los amarillos no se atreverían a perseguirlos.

La columna dejó de ir al galope. Los caballos empezaban a dar muestras de cansancio y Mat dudaba que pudieran llegar a la Gran Discordia sin darles antes un largo descanso.

Apenas faltaban dos horas para que surgieran los primeros rayos solares que harían palidecer el resplandor de las dobles lunas cuando se detuvieron ante un río de escaso caudal. El satélite artificial del Orden con su luz roja seguía surcando el cielo cada dos horas.

A una orden de Dagmahal, desmontaron, llevando los caballos por las bridas a lo largo de un estrecho sendero.

—¿Adónde demonios vamos? —preguntó Bruno.

Mat se encogió de hombros. Pero la respuesta surgió pronto ante ellos. Llegaron hasta un gran cercado. Detrás escucharon relinchar cientos de caballos. Docenas de hombres estaban terminando de ensillarlos.

Alda entregó su corcel a un guerrero, advirtiéndole que le eligiera un buen sustituto. Mat se aproximó a la muchacha. Era la primera ocasión que tenía para valorar la inteligencia de Dagmahal.

—Me estaba preguntando si tu padre iba a ser tan estúpido como para creer que esos caballos cansados podían resistir un rato más. Yo por mi parte, me encuentro hecho polvo —declaró a la muchacha.

Ella se volvió para mirarle con indiferencia.

—No se crea que es el único listo, terrestre.

—No me lo creo. Si lo soy a veces es porque los que me rodean son demasiado tontos

—sonrió Mat con impertinencia.

Alda se había quitado el carcaj e inspeccionaba las flechas. Mat tomó el enorme arco e intentó tensarlo. Encontró ciertas dificultades. Irónica, la muchacha se lo arrebató y lo tensó con aparente facilidad.

—Bien, ya me humilló —dijo Mat—. Pero, ¿podría hacer disparar esto? —e hizo un ademán de entregarle la pistola.

La muchacha negó con la cabeza.

—No. Tendrá puesto el seguro.

—¿Lo sabía? —sonrió Mat aceptando deportivamente la derrota.

—Me lo contó mi padre. No le será tan fácil engañarme a mí, terrestre.

—La última vez nos tuteamos. Llámame Mat, por favor. ¿De veras crees que te engañaría?

—Es posible. Ya es bastante que hayas embaucado a mi padre.

—¿Por qué supones que lo estoy engañando?

—No es lógica tu actitud. Sabes que estamos perdiendo la guerra, que los mejores mercenarios de las estrellas se han alistado con Henteltet y, sin embargo, te unes a nosotros, a una causa teóricamente perdida.

Un guerrero trajo a Alda un caballo de bella estampa que la muchacha aprobó con un movimiento de cabeza. Montó en él y tomó las bridas, pero Mat le impidió que se alejara.

—Cuando te vi luchar en el bando de los amarillos no sabía que eras la hija del jefe, pero por ti no dudé en ponerme a vuestro lado.

Por primera vez desde que la conocía, Mat vio sonreír a Alda. Lo hizo de forma espontánea, graciosa y atractiva. Le gustó cómo sonreía. Pensó que debía estar encantadora riendo.

—Gracias por el cumplido. De veras que me gustaría equivocarme, terrestre.

—¿En qué?

—Que no nos traicionarás.

Bruno se acercó trayendo caballos para ellos. Mat montó el suyo y de nuevo se puso al lado de Alda. Iba a decirle que podía estar segura de su fidelidad cuando Dagmahal se acercó. Le seguía Tarla y otros oficiales.

—Hemos decidido dividir las fuerzas —dijo Dagmahal—. Tú, terrestre, con cien jinetes, atravesarás el río e irás directamente a nuestras fortificaciones en la entrada del valle de la Gran Discordia. Te unirás a la guarnición que la defiende. Yo iré con el resto a intentar sorprender al enemigo. Vosotros no atacaréis hasta que no escuchéis que lo hacemos nosotros. Tarla irá contigo para aconsejarte. Espero que tus armas provoquen cierta confusión entre el enemigo. Tal vez no sepan que contamos con vosotros.

Mat estuvo a punto de responder que Henteltet conocía que él y Bruno luchaban junto a Dagmahal, pero se contuvo para evitar tener que contar todo lo referente a Horquell, quien al mismo tiempo que las tropas azules se dirigían a atacar la Gran Discordia, in- tentaba convencerles para que desertasen. Pidió algunas aclaraciones sobre el terreno. Quería conocer cuál era la topografía de la Gran Discordia.

—Tarla te lo explicará por el camino —dijo Dagmahal. Viendo cómo su pequeño ejército estaba listo para reanudar la marcha, dijo—: Partiremos ya. Pronto amanecerá. Antes de tres horas estaremos en nuestro destino. Debemos encontrarnos allí antes que

el enemigo reanude el ataque contra nuestra guarnición.

—Yo iré con el terrestre —dijo Alda.

Dagmahal frunció el ceño. Parecía que iba a preguntar a su hija los motivos que tenía. Calló al ver el gesto decidido en ella y recordar que el día antes Alda había puesto en duda la fidelidad de los dos nuevos mercenarios.

—De acuerdo —asintió el Señor de los amarillos haciendo retroceder su caballo para ponerse al frente de su columna que tomaría la dirección Sur, río abajo.

Mat preguntó irónico a Alda:

—¿Quieres vigilarme constantemente?

—Sí —respondió ella.

Mat se alzó de hombros y preguntó a Tarla con la mirada si podía partir. El capitán asintió y empezó a dar órdenes a los guerreros. Mat vio con disgusto que su tropa estaba integrada casi principalmente por mujeres.

Cruzaron el río sin dificultades cuando por levante empezó a apuntar la estrella de Nelebet sus primeros rayos.

—La Gran Discordia está en un pequeño valle, casi un cráter —explicó Tarla cuando Mat le pidió que le contase todo lo que pudiera de aquel lugar—. Sólo posee una entrada. Cada lado está defendido por tropas amarillas y azules, respectivamente. Por lo general nos limitamos a vigilarnos, pero cuando surge un roce, acuden refuerzos y se libra una pequeña batalla, que siempre termina en tablas. Constantemente nos asestamos golpes de mano, emboscadas y otras cosas similares. Quien logre desalojar al contrario del otro lado de la entrada del valle será dueño absoluto de la Gran Discordia.

»Los mensajeros contaron que nuestros guerreros fueron sorprendidos con disparos

de armas de las estrellas. Luego, una vez pasado el factor sorpresa, los arqueros azules siguieron hostigándonos, de tal forma que no pueden ni asomar la nariz fuera de las empanzadas. El plan de Dagmahal es sorprender al enemigo haciéndolo creer que nos limitamos a engrosar el número de los defensores, como siempre se ha hecho. Si consigue con sus hombres llegar hasta su retaguardia y lanzarse contra ellos antes que los mercenarios de Henteltet usen las armas de energía, es posible que logremos una sorprendente victoria. E inesperada, por supuesto.

El capitán calló. Sus ojos brillaron entusiasmados ante la idea de vencer definitivamente al enemigo.

—Dime, Tarla —dijo Mat—. ¿Qué importancia tiene la Gran Discordia para que os haya obligado a luchar durante tantos años? ¿Merece la pena ese trozo de terreno que os matéis teniendo todo un planeta para repartiros?

Tarla parpadeó. Dijo con visible turbación.

—No lo sé, terrestre. Ni siquiera el señor Dagmahal conoce los motivos de esta guerra. Sólo sé que no debemos consentir que los azules se adueñen del valle.

—Se te paga por luchar, no por hacer preguntas —intervino secamente Alda.

—No puedo creer que lucháis sin motivos. Aunque tu padre quiera hacernos creer que se trata de una cuestión de honor, debe existir algo más consistente, más material en todo esto —dijo Mat, devolviendo a la muchacha la mirada insolente—. Dagmahal lo sabe, al igual que Henteltet. Y apostaría lo que sea a que tú también estás al corriente del secreto que encierra el valle, Alda.

La muchacha tiró de las bridas de su caballo y lo apartó del lado de Mat, alejándose unos metros. El terrestre comprendió que Alda no quería por el momento iniciar una conversación que le convenía muy poco.

No volvieron a hablar hasta transcurridas dos horas largas.

El paisaje había cambiado.

El terreno se elevaba ante ellos suavemente. Tarla había destacado observadores y cuando éstos volvieron anunciando que el camino estaba libre de enemigos, dijo a Mat:

—Ya hemos llegado, terrestre. Detrás de esas rocas están nuestras posiciones. Avanzaron procurando que los caballos hicieran el menor ruido posible, escuchando al mismo tiempo con atención.

—No se oye nada. No parecen estar luchando ahora —dijo Tarla.

—Esto no me gusta nada, Tarla —dijo Mat incorporándose sobre su silla de montar y pretendiendo mirar a través de las rocas.

El gesto de Tarla era de preocupación, pero pretendía infundir en sus palabras una sensación de tranquilidad.

—Es demasiado temprano para que los amarillos ataquen. Vamos, los nuestros deben estar impacientes por vemos llegar.

—Envía más patrullas delante de nosotros —aconsejó Mat.

Tarla señaló a un grupo de guerreros para que se adelantaran. El resto de las fuerzas avanzaron lentamente. Los destacados llegaron a las alturas y desde allí hicieron señales con sus espadas, indicando que todo estaba tranquilo.

Hicieron trotar a los caballos y pronto se reunieron con el destacamento. Desde aquel lugar Mat pudo ver las empalizadas sobre las cuales algunos guerreros, vistiendo las capas amarillas, les saludaban con sus escudos y lanzas.

Estaban en la cima de una elevación del terreno. A su derecha se veía el valle, aún cubierto por la bruma de la madrugada, pero perfectamente visible su inaccesibilidad por

aquel sitio.

Mat llamó a Bruno, indicándole un punto del valle que la niebla permitía observar en aquel preciso instante. Los ojos de Bruno se abrieron cuanto pudieron, asombrados. Luego miró a su amigo, diciendo:

—Tú esperabas encontrar esto, ¿no?

Antes de que Mat pudiera responder, Alda se acercó a ellos.

—¿Qué llama vuestra atención, terrestres?

—Las ruinas de las instalaciones mineras, preciosa. Ella lo miró desafiante.

—¿Estabas seguro de encontrarlas en la Gran Discordia? Mat asintió.

—Desde luego, Las dos compañías mineras existentes en este planeta, antes de finalizar la Primera Era, se disputaron jurídicamente la explotación de este valle, el único sitio del planeta donde hay diamantes rojos. Como la Tierra no pudo fallar el pleito, las compañías optaron por resolver sus diferencias por las armas. Al escasear éstas, ya porque el tráfico interestelar se interrumpió o porque apenas poseían, fundieron espadas, lanzas y flechas. Y así siguieron hasta hoy. Los empleados y mineros se transformaron en guerreros y con el paso del tiempo, únicamente los directores, trocados en señores feudales, conocían el secreto. Ahora deben apresurarse en adueñarse de esto, para que el

Orden Imperial los reconozca como sus propietarios legítimos. ¿Qué ocurrió con los registros, con los libros?

—Se perdieron. No queda ninguno. Es demasiado peligroso lo que sabes, terrestre.

—¿Por qué? ¿Piensas que los mercenarios que tiene Henteltet a sus órdenes sólo luchan por el oro? Oh, comprendo tu posición, preciosa. Tanto tu padre como tú estáis deseando que esto acabe para así vender los derechos de explotación a una poderosa y moderna compañía terrestre y largaros de aquí a vivir la gran vida en la Tierra, sin preocuparos de las miserias que dejáis en Nelebet, abandonando vuestro pueblo a la pro- tección del Orden.

—Tal vez ésos sean los proyectos de Henteltet. Mi padre nunca dejaría abandonado a su pueblo. Si quieren poseer la Gran Discordia es porque desea transformar la ciudad, darle a sus gentes lo que se merecen, sacarlas de la ignorancia y la pobreza.

Mat movió la cabeza dubitativamente.

—No sé qué pensar. Es demasiado hermoso para creerlo —se encogió de hombros y agregó—: Pero a mí sólo me importa cobrar mi paga al final de esto. Pero la daría con gusto si tu padre fuese capaz de demostrarme que posee unos sentimientos tan nobles como tú le adjudicas.

Alda quiso dar a sus palabras el mayor grado de desprecio.

—No eres tú el indicado para hablar de moralidad. Sólo eres un despreciable mercenario, capaz de matar por dinero.

Mat se acercó a la muchacha, haciendo maniobrar hábilmente su caballo. Antes de que Alda pudiera percatarse de sus intenciones, le rodeó la cintura y la besó. Ella se dejó besar, sorprendida, durante unos breves segundos. Luego, reaccionando, intentó alejarse y cayó al suelo, arrastrando consigo a Mat, quien prestamente la ayudó a levantarse. El terrestre reía y la nelebetiana parecía querer fulminarle con la mirada.

—También sería capaz de matar por amor..., por el tuyo —dijo Mat, limpiándose las ropas de polvo.

—Estoy cansada de ti, cerdo de las estrellas —silabeó Alda.

Con un gesto rápido la muchacha desenfundó su espada y colocó la punta sobre la garganta de Mat. La firmeza del frío acero indicó a Mat que no debía moverse. Alda estaba demasiado alterada y podía cometer una locura.

Algunos guerreros empezaron a rodear a la pareja. Alda ordenó que desarmaran a Mat.

Bruno reaccionó tardíamente. Cuando quiso acudir en ayuda de su compañero, varios guerreros se arrojaron sobre él y después de una breve lucha consiguieron reducirle. Unos metros de cuerda terminaron por convertirlo en un fardo.

Mat también fue atado. Un guerrero entregó a Alda las armas de los terrestres. El mal humor empezó a disiparse del rostro de la muchacha. Acarició las pistolas después de envainar su espada y las colocó entre su cinturón.

—Siempre dije a mi padre que debió hacer esto desde el principio; pero no me creía cuando le aseguraba que yo soy capaz de manejar las armas terrestres.

—¿Cómo aprendiste? —preguntó Mat.

—Horquell, el hombre de los pájaros, me instruyó en su manejo, indicándome sus secretos —sonrió Alda—. Te aseguro, terrestre, que yo seré tan eficaz con ambas como vosotros con cada una de ellas. Y ahorraré a mi padre una sustanciosa paga.

A una indicación de Alda, los guerreros empezaron a empujar sin miramiento alguno a Mat y a Bruno hacia la empalizada. El grueso de la columna ya estaba terminando de entrar en ella.

—No me dirás que has hecho esto porque he intentado besarte, ¿eh? —dijo Mat corriendo para seguir a la altura de la muchacha, quien parecía tener prisa por en- contrarse tras las fortificaciones amarillas que defendían la entrada del valle.

—Aciertas. Tu gesto sólo ha hecho precipitar lo que ya tenía pensado de antemano.

—Tu padre se enfurecerá.

—No. Le convenceré de que pensabas traicionamos.

Mat calló. Estaban cruzando la empalizada. Los jinetes que les habían precedido desmontaban en medio de un gran patio. Alzó la mirada y vio docenas de soldados amarillos, envueltos en sus capas gualdas, tapados incluso el rostro. Debían sentir mucho el frío del amanecer. Sintió un presentimiento. El peligro parecía haberse convertido en algo sólido, palpable. Se dijo amargamente que aquel malestar suyo se debía a que había perdido su privilegiada situación. Ahora su vida no valía una milésima de crédito. Aquella bella muchacha había demostrado despreciarlo y su decisión de liquidarlo parecía llevar las trazas de convertirse en realidad.

—¡Tarla! —gritó Alda. El capitán acudió corriendo—. Esto no me gusta. El comandante debió haberse presentado. ¿Y la guardia? No veo los heridos que dijeron los emisarios que habían...

Un fuerte ruido la interrumpió. Las pesadas puertas de madera se cerraron con seco estrépito. De los altos de las empalizadas surgieron decenas de guerreros ataviados con los colores de Henteltet. Los que se cubrían con las capas amarillas se despojaron de éstas y dejaron ver sus armaduras azules. También habían otros hombres vestidos a la usanza de la Tierra y que portaban armas de energía con las que apuntaban a los guerreros desparramados por el patio.

—Una encerrona —dijo Tarla empezando a desenvainar su espada.

Los hombres azules tomaron sus arcos. Un personaje ricamente ataviado de oro y azul se destacó entre un grupo de guerreros. Su yelmo emplumado permitió que fuera reconocido por Alda.

—Es Henteltet —susurró.

—No cabe duda —suspiró Mat—. Es el Señor de los azules, sus guerreros y... el pequeño ejército de mercenarios terrestres.

CAPITULO
VII

—Hola, bella Alda —dijo Henteltet, mostrando su blanca dentadura al sonreír, paladeando el triunfo.

—Los dioses te despellejen, amo de cerdos azules —

escupió la muchacha.

—Debes reportarte. ¿Es necesario que te ruegue que ordenes a tu tropa que deponga las armas?

Alda paseó la mirada en derredor, mordiéndose los labios. Obviamente, se podía comprender que toda defensa era imposible. El enemigo dominaba las alturas y eran tantos o más que ellos. Además, contaban con la ayuda de una veintena de terrestres armados, que ellos solos podían bastarse para sembrar primero la confusión entre los amarillos y luego aniquilarlos uno tras otro.

Aún la muchacha no había resuelto nada cuando unos soldados amarillos, entre los que habían algunas mujeres, espolearon a sus caballos y los dirigieron hacia la parte de la empalizada de poca altura, confiando en franquearla mediante un ligero salto de sus cabalgaduras. Pero aún quedaban unos metros para llegar a ella cuando sonaron varios disparos y jinetes y caballos cayeron al polvo del patio convertidos en una masa negruzca y pestilente. Un humo denso se elevó de los cadáveres calcinados.

—La estupidez de esos desgraciados ha permitido que te

muestre lo que puede ocurrir

si intentas huir, preciosa —rió Henteltet. Inmediatamente, tornando serio su rostro, agregó—: Vamos, ordena a tus hombres que terminen de desmontar y arrojen las armas.

—¿Qué garantías ofreces? —preguntó Alda.

—¿Crees que estás en posición de imponer tus condiciones? No seas absurda. Sencillamente, ríndete. Tu padre no tardará en hacerlo, cuando llegue a mis defensas, las encontrará vacías. Al enterarse que te tengo en mi poder, tendrá que cederme sus derechos del valle de la Gran

Discordia.

Alda se llevó lentamente las manos al cinturón. Henteltet se apresuró a advertir:

—Arroja las armas al suelo, cogiéndolas con las puntas de los dedos, de tus preciosos dedos, hermosa.

Mat vio cómo Alda dejaba caer al suelo el par de pistolas.

Inmediatamente, los guerreros empezaron a arrojar espadas, lanzas, arcos y flechas, escudos y yelmos. Los azules descendieron de las empalizadas y condujeron al centenar de guerreros de Dagmahal a un rincón del patio, en donde procedieron a encadenarlos. Sólo dejaron en el centro a Alda, Tarla, Mat y Bruno.

Poco tardó Mat en descubrir la presencia de Horquell. Fue el primero de los mercenarios en acercarse a ellos. Llegó sonriente, irónico. Se plantó delante de Mat y le dijo:

—Te advertí que te habías equivocado de bando, muchacho. Ya ves cómo yo sí supe elegir al triunfador.

Mat, aparentemente despreocupado, respondió:

—Percances del oficio, amigo. No siempre se va a ganar.

—Pudiste ganar fácilmente. Nunca a un jugador se le pusieron tantos triunfos en las manos como a ti. Fuiste un estúpido.

—Para otra ocasión tendré en cuenta tus consejos.

—¿Crees que habrá otra ocasión?

—¿Por qué no? No necesitas decirme que tú eres el jefe de los mercenarios de
Henteltet.

El señor de los azules se aproximó, preguntando:

—¿Es éste el terrestre que frustró el rapto de Alda y luego no convenciste para que sirviera a mis órdenes, Horquell?

—Sí, Henteltet; te presento al mayor tonto del Universo. Quiso pasarse de listo y se pasó de la raya. Tal vez pensó que obtendría más con Dagmahal que contigo —dijo Horquell.

—Aún puede rectificar de esa actitud —comentó Henteltet.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso piensas enrolarlo? ¿Para qué? Puedes afirmar que tus enemigos están vencidos. Dagmahal ha perdido la partida. Puedes ahorrarte un puñado de oro.

—Este terrestre puede sernos de utilidad —insistió el señor de los azules. Era alto, enjuto y lucía un fino bigote muy cuidado. Contaría cerca de cuarenta años y su aspecto era fuerte.

Dirigiéndose directamente a Mat, Henteltet le dijo:

—Te brindo una última oportunidad, terrestre, de salvar el pellejo. Cuando te explique lo que deseo de ti comprenderás que no es vital tu colaboración; pero ahorraré vidas.

Mat miró a Alda, que le devolvió un gesto de desprecio.

—Habla, Henteltet.

—Mis vigías me han comunicado que Dagmahal no llegará hasta pasado el mediodía. Uno de los puentes que debía cruzar lo destruimos y eso retrasará su marcha. Cuando aparezca cerca del valle, intentando sorprender mis posiciones de la entrada, te dirigirás a él para comunicarle que su hija está en nuestro poder. Los capitanes deberán enterarse del mensaje. Dirás que yo prometo la libertad a todos los que se rindan. Dagmahal deberá constituirse en prisionero mío. Lo necesito vivo. Horquell dice que es preciso una firma de él para evitarnos problemas con el Orden.

—No me gusta tu plan. Dagmahal comprenderá que estoy de tu parte y me puede partir la cabeza de un mandoble. También puede ocurrir que sus capitanes no estén conformes con él en rendirse.

—¿Qué sugieres, pues? —preguntó el señor de los azules.

—Es mejor atraer a Dagmahal hasta un lugar donde le haré mi prisionero sin que sus guerreros me lo puedan impedir —dijo Mat—. La tropa se vería desconcertada sin caudillo y será más fácil su rendición. Además, esta oferta que me haces debes hacerla extensible también a mi compañero.

Alda le gritó varios insultos. Henteltet pensó la propuesta de Mat y Horquell se apresuró a advertir:

—No debes fiarte de él. Te jugará una mala pasada, Henteltet. Este hombre sabe demasiado. No me gusta. Vino a Nelebet con intenciones definidas.

—Es posible; pero poco perderemos si lo dejamos actuar —dijo Henteltet—. Tú y tus hombres lo seguirán. Al menor gesto sospechoso, puedes matarlo, pero ten cuidado. Lo deseo vivo.

—Procuraré complacerte —gruñó el hombre de los pájaros.

—Encerrad a la hija de Henteltet y al capitán Tarla en aquel cobertizo —ordenó
Henteltet a sus hombres—. A los demás prisioneros conducidles al valle.

—¿Por qué allí precisamente? —preguntó Mat. Riendo, Henteltet respondió:

—Es una sugerencia de Horquell. Dice que necesitará esclavos en la Gran Discordia dentro de poco. Me asegura que será una sorpresa para mí lo que me tiene reservado.

Mat se volvió para interrogar a Horquell con la mirada.

—Sí. Prometí a Horquell que erigiría en la Gran Discordia un monumento a su grandeza cuando llegase el día de la victoria —explicó, irónico, Horquell.

Mat comprendió que Horquell estaba procurando con suficiente antelación la mano de obra para los trabajos en la mina.

Alda pasó cerca de Mat y le escupió en el rostro. El terrestre se limpió, imperturbable, con el dorso de la mano.

—Estaba segura que nos traicionarías al final, terrestre —dijo ella—. Juro que
lamentarás haber nacido cuando llegue el momento de mi venganza.

Mat la vio alejarse, conducida junto con Tarla por varios guerreros azules hasta el fondo del patio, a un cobertizo de madera cercano a la salida. Mientras, los prisioneros amarillos eran conducidos por otro pelotón de sicarios de Henteltet al valle.

En la fortificación recién conquistada por Henteltet apenas quedaron doce o catorce
guerreros, además de los mercenarios. Mat comentó con Horquell esta circunstancia.

—Nos bastamos para terminar con Dagmahal. El resto de las fuerzas de Henteltet espera la orden de lanzarse a la conquista de la ciudadela enemiga. Tal vez mañana la victoria

sea total.

Henteltet hizo subir a todos a la parte superior de la empalizada, diciendo que desde allí verían, gracias al aparato óptico de Horquell, acercarse al valle la columna de Dagmahal.

—El Señor de los amarillos no conoce este aparato —dijo Henteltet mostrando unos potentes prismáticos—. Horquell me lo regaló el primer día que acudió a mí para proponerme poner en práctica su maravilloso plan, que nos está llevando a la victoria. Dagmahal se acercará confiado porque pensará que nadie será capaz de descubrirlo desde una distancia tan grande.

—Estarás muy complacido con Horquell, Henteltet —comentó Mat—. ¿Qué recompensa le has ofrecido?

Henteltet parecía distraído oteando el horizonte. Dijo:

—Todos los mercenarios recibirán tanto oro como puedan llevarse al Centro. Pero Horquell...

—¿Qué te ha pedido Horquell? —insistió Mat.

—Basta, Henteltet —dijo el hombre de los pájaros duramente—. A Matías Delmont no le interesa conocer nuestro pacto.

—Vamos, Horquell, buen amigo. No te enfades. Tu petición es tan extraña que no puedo reprimir mis deseos de contarlo a alguien, aunque sea a otro terrestre como tú. Me gustará conocer su reacción, saber qué opina.

—Será mejor que no hables, Henteltet —advirtió Horquell.

—¿Por qué no? Si hasta resulta divertido. ¿Por qué no decirle a este terrestre que en

lugar de oro prefieres una opción por veinte años de las riquezas que obtengas del valle de la Gran Discordia? Incluso pretendes que te firme uno de esos extraños documentos que usáis en la Tierra.

Horquell estaba rojo de ira. Mientras, Mat sonreía divertido.

Después de todo, el juego

del jefe de los mercenarios era bastante simple. Henteltet nada sabía de las riquezas que en diamantes rojos encerraba el valle, al contrario de Dagmahal y Alda, quienes Mat sospechaba que conocían, si no totalmente, parte del secreto de la Gran Discordia.

—Está bien, maldito Henteltet —gruñó Horquell—. Ya que has sacado a relucir el tema, es hora de que te decidas a firmar el documento que te entregué hace tiempo. ¿Lo llevas encima?

—Sí, claro —dijo Henteltet. El aire divertido de su rostro desapareció para trocarse en profunda seriedad—. Creo que será mejor que te lleves todo el oro que quieras. Incluso te prestaré esclavos para que te ayuden a transportarlo. Pero no puedo consentir que ni temporalmente seas dueño del valle.

—¿A qué viene esto ahora? Dijiste que lo importante de la Gran Discordia es que tu enemigo no fuese su dueño que lo que allí hay te importa poco.

—Y es cierto. En el valle no existen sino viejas ruinas que nada valen. Sólo es cuestión de prestigio. Mis gentes verían mal que un terrestre sea dueño de algo por lo que peleamos siempre.

Mat consultó su reloj y alzó la mirada. Unos segundos después, puntual, el satélite del Orden cruzó raudo la bóveda celeste. La luz roja que brillaba en él se había tomado verde de una gran intensidad. Horquell descubrió la alteración en el rostro de Mat y también miró al cielo. Sus ojos brillaron.

—Pobre Horquell —suspiró Mat—. El tiempo se te acaba y todo este enorme trabajo tuyo no servirá de nada. El Orden ha debido entrar en sospechas al no ver esta noche los cantos de sirena en Palmeras Largas.

—Mat —musitó Bruno señalando el rastro dejado por el satélite del Orden que siguiendo su fulgurante marcha acababa de desaparecer por el horizonte—. La Valla ha sido derribada...

Delmont le indicó que callase con un enérgico ademán. Horquell se revolvió furioso contra Henteltet diciendo:

—Me diste a entender que accederías a mi petición. Llegué a ti y te prometí que vencerías a tu secular enemigo que yo sacaría gente del Centro que te obedecería, hombres valientes y armados con elementos de la Tierra. Adiestré a los pájaros durante semanas para que dijeran cómo burlar la Valla como yo descubrí. No puedes ahora pagarme tan mal, no.

El asombro del Señor de los azules no podía ser más grande.

—Pero Horquell, si no quiero pagarte mal. Ni en cien años sacarás tanto oro de la Gran Discordia como yo estoy dispuesto a darte —dijo—. Además, es posible que allí no exista.

Henteltet daba muestras visibles de estar violento con la discusión. Parecía fastidiarle. Dijo con firmeza:

—Lo siento, Horquell. Te pagaré con todo el oro que desees, pero no puedo hacer nada respecto al valle. Puedes renunciar a tu oferta de levantar allí un obelisco con la ayuda de esclavos amarillos. Te libro de tu promesa.

El tono de las palabras había subido y los guerreros y mercenarios las habían escuchado. Estos últimos empezaron a moverse. Mat descubrió cómo Horquell hacía un gesto preconcebido a sus hombres y acto seguido desenfundaba su enorme pistola de energía, apuntando con ella el pecho de Henteltet.

—De veras que no había querido llegar a esto, Henteltet,

pero tú me obligas a ello —

disparó y el Señor de los azules retrocedió con el pecho achicharrado. Cayó al patio como un pesado fardo—. Me resultaba simpático —concluyó Horquell, mirando pesaroso el desfigurado cadáver.

Entonces, los mercenarios empezaron a disparar contra los pocos guerreros de Henteltet que habían quedado en las fortificaciones. Los desgraciados apenas tuvieron tiempo de aprestar sus armas. Todos murieron abrasados bajo los certeros disparos.

—Al no existir ningún aspirante al valle, las leyes del Orden me ampararán cuando yo reclame la propiedad de la Gran Discordia —dijo Horquell como queriendo excusar urna pequeña travesura—. No tuve más remedio que quitarlo de en medio. Y te aseguro, Mat, que me hubiera gustado que viviera. Pero era muy terco.

—Te creo —replicó Mat—. Con veinte años de explotación del valle habrías obtenido más que suficiente para comprar un planeta.

Horquell sonrió ampliamente.

—Tengo que rectificar mi última opinión de ti, muchacho; eres listo. Tú también conoces lo que hay en ese valle. Pero tus medios eran más torpes, comparados a los míos, para adueñarse de él. Te conformabas con un puñado de diamantes, cuando yo aspiro a llevarme miles de ellos.

—Lo has matado porque no esperabas que el Orden

derribase tan pronto la Valla, ¿no?

—

inquirió

Mat.

—Exactamente. Llevan tanto tiempo esperando para hacerlo que nunca supuse que se decidirían hoy. Ya no tenía tiempo material para convencer a Henteltet. Si él viviera cuando el Orden llegase al valle, no podría yo reclamarlo. Ahora tengo que liquidar a Dagmahal. Pero antes debo obtener su firma.

Mat intentó que su preocupación ante la suerte que podía correr Alda no se reflejara en su rostro. Ahora más que nunca tenía que fingir lo suficiente para no hacer entrar en sospechas a Horquell de su debilidad por la muchacha. En el supuesto, naturalmente, que éste decidiese contar con sus servicios aún para capturar a Dagmahal.

—Esto me recuerda que aún no está el asunto concluido —dijo Horquell tomando los caídos prismáticos y oteando el camino por el que suponía que llegaría el ejército de Dagmahal—. Me parece que la idea del pobre Henteltet respecto a ti no era tan mala, Matías.

—Pero a mí ya no me parece tan buena como antes, Horquell. Si viviera Henteltet tendría una esperanza de que al acabar todo no me liquidarías. Ahora dudo que tú respetes mi vida.

Horquell se volvió, mirando socarronamente a Mat.

—No tienes otra alternativa que confiar en mí, muchacho. Irás hasta el enemigo y traerás a Dagmahal aquí. Después que firme, yo lo haré colgar de los pies para que sus hombres lo vean bien y huyan. Cuando el Orden llegue, existirá en esta región tal desconcierto, que tendrán que creerse todo lo que les diga.

—El Orden aún puede desbaratar tus planes.

—No. No actúan inmediatamente al derribo de la Valla. Tardarán muchas horas, e incluso días, en iniciar la verdadera aproximación a los aborígenes. Tengo tiempo de sobra para dejarlo todo preparado. No saben que estamos aquí ni lo que pasa —miró fijamente a Mat, preguntando—: Bien, tú dirás. ¿Harás lo que te diga?

Mat suspiró, encogiéndose de hombros.

—Seguro que no —rió Horquell—. Tú y tu amigo no tenéis otro remedio que confiar en mí. Pero no te preocupes demasiado. Tal vez al final decida perdonaros a ambos.

El antiguo hombre de los pájaros se colocó delante de los ojos los binoculares y los dirigió de nuevo hacia el llano, donde uno de sus hombres le indicaba. Mat vio cómo su rostro se iluminaba y decía:

—Antes de una hora, Dagmahal llegará a las vacías fortificaciones azules. Cuando descubra que allí no hay nadie, se dirigirá hacia aquí y entonces acabaremos con ellos. Pero tú, Matías, puedes ir a él y decirle que todo está bien, que su adorada hija le espera.

Horquell esperó impaciente la respuesta de Mat, quien dijo:

—Lo haré, Horquell —replicó Mat evitando mirar al mercenario. Escrutó ansiosamente la estructura de las fortificaciones. A pesar de ser rudimentarias formaban un compacto bloque defensivo. En algunos puntos se veían las señales dejadas por los disparos de energía de los mercenarios de Horquell durante el corto asedio que precedió a la captura del enclave, pocas horas antes de que ellos llegasen.

Horquell ordenó a sus hombres que desatasen a los prisioneros y trajesen dos caballos.

Dio las últimas instrucciones a Mat.

—Bruno irá contigo. Deberás convencer a Dagmahal que

los azules se han retirado totalmente del valle, que Alda está ligeramente herida, pero que no es grave. Esto lo hará galopar y dejar atrás a sus guerreros. Cuando le tengamos en nuestro poder, un disparo bastará para dejar zanjado el asunto. Después que firme, claro.

—Desconfiará de nosotros si nos ve llegar sin armas...

Horquell sonrió ampliamente.

—Es cierto. Tengo que devolverte las armas —tomó las pistolas y con ágiles dedos extrajo las cargas antes de entregarlas—. Es cierto que Dagmahal sospecharía.

Bajaron de la empalizada para montar en los caballos. Mat se volvió para decir:

—Espero que cumplas con tu palabra. Nada de jugar sucio.

—Vete tranquilo, amigo. Al final voy a portarme decentemente contigo. Al fin y al cabo, somos compatriotas, ¿no?

Montaron y se dirigieron hacia la salida. Pasaron junto al cobertizo donde Alda y el capitán estaban encerrados. La muchacha estaba asomada a una pequeña ventana con barrotes. Mat detuvo su montura y se inclinó hacia ella. Dos hombres montaban guardia cerca y tuvo que bajar la voz para no ser escuchado.

—El imbécil de Horquell busca diamantes también, sin saber que tú eres lo más valioso de este planeta. Te prefiero a todas las riquezas de Nelebet, Alda.

Ella respondió con desprecio:

—Horquell te matará como a Henteltet. Y a mí también. No querrá dejar testigos de sus crímenes.

—Te prometo que no se atreverá a tocarte un cabello.

—¿Te ha dicho que me entregará a ti si le ayudas?

—No. El amor que tú puedes darme no lo deseo impuesto.

Alda frunció el ceño. Abandonó el sarcasmo. Las palabras de Mat la habían confundido.

—¿Supones que pueda llegar a enamorarme de ti?

Mat asintió. Espoleó ligeramente su caballo y dijo antes de alejarse, pues Horquell podía empezar a impacientarse ante la dilatada detención suya delante de la cárcel de la muchacha.

—Estoy seguro que desde el primer instante no te resulté indiferente. Ten fe en el futuro... y en mí.

Los guardianes no se enteraron de nada. Bruno sí escuchó algo y se dijo que por muchos años que estuviese al lado de Mat, nunca llegaría a entenderlo.

Cruzaron la entrada de las fortificaciones y galoparon ladera abajo. Detrás de ellos quedaban los mercenarios con las armas de largo alcance prestas. Nunca estarían demasiado alejados de ellas para sentirse a salvo. A su izquierda, al otro lado de la entrada del valle, estaban las abandonadas posiciones azules, hacia donde se dirigía Dagmahal confiado en sorprender al enemigo.

Mat se palpó con la punta de la lengua la diminuta cápsula incrustada en la dentadura. Iba a serle muy útil.

Llegaron a la Vista de la columna amarilla media hora más tarde. Marchaba en silencio y lentamente. A la cabeza iba el señor Dagmahal, que se incorporó en su silla de montar al verles acercarse al galope. Estaba sorprendido al comprobar que los terrestres no tomaban ninguna precaución para evitar ser descubiertos por el enemigo.

CAPITULO
VIII

La vegetación era suficiente para ocultar el pequeño ejército de las miradas situadas en las alturas del valle. Así lo creía Dagmahal, quien no sabía que Horquell lo estaba observando tranquilamente a través de los potentes binoculares por la sencilla razón de que desconocía la existencia de éstos.

La aparición violenta y ruidosa de los terrestres enfureció a Dagmahal. Llevaban varias horas de retraso. Habían encontrado un puente destruido. El río en aquel punto era demasiado caudaloso, pero él conocía un lugar no muy lejano por el que pudieron cruzarlo sin peligro. Habían recuperado bastantes horas, pero había confiado en llegar al valle casi al mismo tiempo que su hija.

Confiaba en que ella estuviera ya a salvo y, junto con el centenar de guerreros, la posición se encontrase lo bastante reforzada para impedir que ésta cayera en poder de los azules.

Ahora, la presencia de los terrestres le había sumido en un mar de preocupaciones.

—¿Qué hacéis aquí? Os suponía defendiendo mi parte de entrada en el Valle —inquirió el Señor formando una visera con la mano derecha y tratando de averiguar si existía movimiento de tropas detrás de las empalizadas azules. Su vista no era buena y la parte posterior de las fortificaciones de Henteltet apenas las podía divisar sobre la cima de los montes que encerraban el Valle.

—Traemos buenas noticias, Dagmahal —dijo Mat.

Tenía la desagradable sensación de que Horquell le estaba observando y hasta podía saber lo que decían por el movimiento de los labios.

—¿Qué ocurre?

—Los mercenarios de las estrellas de Henteltet se han rebelado. Le mataron y dispararon a los guerreros. Luego

huyeron.

—¿Por qué?

—No lo sabemos con certeza. Unos prisioneros azules contaron que discutieron acerca de la soldada —miró significativamente a Dagmahal y añadió—: Henteltet no quiso cumplir con su compromiso. Intuía tal vez cercana la victoria y quiso ahorrarse lo estipulado.

Dagmahal se acarició el rostro. Frunció el ceño, sonrió luego y dijo astutamente:

—He notado tu ironía, terrestre. ¿Acaso piensas que yo también voy a negarte tu parte?

—Un puñado de diamantes rojos es una miseria, comparado con lo que me espera dentro del valle.

—Así que sabes lo que es la Gran Discordia.

Mat asintió.

—Henteltet no lo sabía. Murió creyendo que había luchado toda su vida por los ideales de sus antepasados. Una muerte noble, pero estúpida. Al menos, tú arriesgabas mucho por algo material y rentable.

—¿Dices que los mercenarios de Henteltet huyeron? —preguntó Dagmahal, totalmente risueño. Apenas podía controlar su alegría. Al asentir Mat, añadió—: Tal vez el presagio que vimos en el cielo, al cambiar la luz del aparato del Orden, era un buen signo.

—Es posible —admitió Mat. No le interesaba explicar a Dagmahal lo que significaba el cambio de luz del satélite artificial.

—Ahora no me importa decirte que fue mi hija, hace unos años, cuando casi era una niña, y yo la obligaba a estudiar, quien descubrió unos viejos libros escapados milagrosamente de la hoguera. En ellos comprendimos que esta lucha era una estupidez. Si el Orden no hubiera aparecido en este planeta poco después, no hubiera dudado en llamar a Henteltet y explicarle la verdad. No me habría importado regalarle el valle. Los diamantes de nada hubieran servido aquí y la estúpida guerra habría finalizado. Pero llegó el Orden, anunciando una próxima apertura del planeta a la Galaxia y comprendí que los diamantes adquirirían el mismo valor o más que tuvieron antes del fin de la Primera Era. Los diamantes rojos poseen la particularidad que no pueden ser fabricados artificialmente. Son apreciados en todo el Universo. La Gran Discordia debía ser mía. Yo sabría obtener los beneficios precisos para ayudar, no sólo a mi pueblo, sino también al de Henteltet. A él le habrían engañado los terrestres de haber sido dueño del valle a causa de su ignorancia.

Mat se sintió amarga la boca. Sus esperanzas de poder librar a Alda de Horquell y conseguir que Dagmahal apareciera como dueño del valle ante el Orden siempre habían sido escasas, sobre todo desde que recibió la orden de Horquell de llevarle a Dagmahal. Si antes había tenido dudas respecto a los pensamientos del Señor de los amarillos en cuanto al fin que pensaba dar a las riquezas del valle, ahora debía creer en las palabras de Dagmahal, quien en realidad no era tan despótico como intentaba hacer creer.

Dagmahal se volvió hacia sus soldados y les gritó que la guerra había terminado, que el valle de la Gran Discordia era del pueblo amarillo. Los guerreros lanzaron gritos de triunfo, haciendo entrechocar sus armas y produciendo un ruido endiablado. Bruno se

acercó a Mat y le inquirió:

—Adivino que estás en una situación embarazosa, Mat. No tienes el menor deseo de entregar al viejo a Horquell.

—Y si no lo hago matará a Alda —gruñó Mat. Bruno suspiró.

—Si lo entregas también la matará y probablemente con nosotros haga lo mismo. A Horquell no le interesa que queden testigos que puedan acusarle ante el Orden Imperial de homicidio.

—Todo eso lo sé —respondió vivamente Mat. Se llevó dos dedos a la boca y manipuló en ella.

—¿Qué haces? —preguntó Bruno.

Mat había sacado de uno de sus dientes un diminuto cilindro metálico que introdujo en el cargador de su inútil pistola.

—Tengo que hacer un disparo —explicó—. Nada más que uno. Con él deberé ganar la batalla.

—¿Entonces estás dispuesto...?

—Sí.

El griterío de la tropa se iba calmando. Dagmahal retomó junto a los terrestres rebosante de felicidad.

—Lamento tener que empañar este momento dichoso para ti —dijo Mat.

—¿Qué dices ahora, terrestre? —preguntó Dagmahal frunciendo el ceño.

—Tu hija está herida. Una flecha de los azules al huir, cuando nos acercábamos al valle, la alcanzó. No es nada grave.

—Mejor será que no me mientas, terrestre —toda la alegría había desaparecido en Dagmahal.

—En las fortificaciones que fueron del enemigo tenemos muchos prisioneros. El resto de los azules se refugiaron en el interior del valle. Te aconsejo que envíes a tus tropas a hacerse cargo de ellos. Nosotros tres —dijo señalando a Bruno y él— podemos volver más rápido que si nos sigue la columna.

—Está bien —asintió Dagmahal. Llamó a sus capitanes y les dio las órdenes oportunas. Luego espoleó su caballo.

Mat y Bruno partieron tras el Señor de los amarillos.

Mientras alcanzaban a Dagmahal, Mat iba pensando que los guerreros amarillos enviados al interior del valle liberarían a los hombres y mujeres prisioneros. Confiaba en que las tropas mandadas por Henteltet a la ciudadela amarilla no llegaría a alcanzar su propósito teniendo en cuenta que sería allí donde primeramente irían las naves del Orden.

La sangre no debía correr más en Nelebet una vez que el planeta había sido abierto a la Galaxia, con sus consecuencias buenas o malas. Los nelebetianos iban a enfrentarse con su nuevo destino y debían aceptarlo.

Los dos terrestres tuvieron dificultades en alcanzar a Dagmahal. El viejo era buen jinete y su caballo demasiado bueno comparado con los suyos. Llegaron al pie de las empalizadas veinte minutos después, encontrando la puerta abierta. A unos veinte metros de ella, ante la sorpresa de Mat, Dagmahal se detuvo.

Volviéndose hacia el terrestre, dijo:

—Este silencio no

me gusta
nada. Mat
no
respondió.

—Conozco a mi gente. Deberían estar celebrando la victoria. Acaso... ¿Es que mi hija...?

—No, Dagmahal. Tu hija está viva. Entra.

Mat acompañó sus palabras sacando la corta espada e hincando su punta en los riñones de Dagmahal.

Mordiéndose los labios, el nelebetiano respondió:

—Debí hacer caso a mi hija y haberte matado cuando demostraste tanto interés por los diamantes rojos. Pero tenía necesidad de guerreros de las estrellas y confié en ti.

—Lamento haberte defraudado, Dagmahal. No hago esto completamente a mi gusto. Pero los azules nos tendieron una encerrona. Poco antes habían logrado conquistar la fortaleza. Desde que salí de aquí a buscarte, mi vida ha estado bajo el objetivo de un rifle de energía de largo alcance. Los mercenarios incluso han podido matarte. Algo quieren de ti.

—Entonces, ¿lo de Henteltet es mentira también?

—Eso es cierto. Horquell, el hombre de los pájaros, es el jefe de los mercenarios. Quiere para él todo el valle.

Arriba, en la empalizada, acababan de aparecer varios terrestres. Entre ellos, Horquell sonreía complacido. Dagmahal los miró y dijo a Mat:

—Si dices que pudieron matarme, ¿por qué no lo hicieron? ¿Para qué traerme aquí?

—Tal vez quieran hacer las cosas lo más legalmente posible.

—¿Qué te ofrece Horquell más que yo, Mat? —preguntó dolorido el Señor de los amarillos. Todo su orgullo parecía haber desaparecido como por ensalmo.

—La vida, Dagmahal. Créeme si te digo que me desagrada tener que hacer esto. Me gustan mucho los diamantes rojos, pero mucho más vivir.

Dagmahal abatió los hombros. Hizo que su caballo franqueara lentamente la entrada.

—No sé qué creer. Todo se ha perdido.

Mat estuvo tentado de decirle que aún quedaba una esperanza, aunque remota. Sintió enormes deseos de explicarle lo que en realidad quería decir el cambio de luz en el satélite artificial del Orden, que él conservaba una carga en la pistola que Horquell suponía inservible. Aún, con suerte, podían salir del atolladero.

Pero optó por callar porque en realidad las probabilidades de salir con vida eran tan remotas que podían considerarlas imposibles de alcanzar.

Horquell bajó a recibirles, seguido por algunos de sus secuaces. Sonreía triunfador, con la seguridad de quien tiene en sus manos la apetecida meta, la culminación de sus ambiciones.

—Te supongo enterado de la suerte que ha corrido tu colega, el Señor de los amarillos —dijo Horquell. No esperó a que Dagmahal respondiese. Añadió en seguida—: Como puedes ver, tengo poder suficiente para obligarte a cumplir con unos deseos míos.

—Quiero ver a mi hija —dijo Dagmahal.

Horquell hizo una señal a los dos hombres que montaban guardia junto al cobertizo. Sacaron del interior a Alda y Tarla y los condujeron a su presencia. Dagmahal abrazó a su hija, asegurándose que estaba ilesa.

—Ea, dejaos de carantoñas —dijo Horquell—. No es propio de un guerrero de Nelebet y un Señor de la Guerra.

Dagmahal apartó a su hija, enfrentándose con Horquell.

—¿Qué es lo que deseas, terrestre?

Horquell sacó unos documentos y los puso ante la cara del viejo nelebetiano, diciendo:

—Firma estos papeles. Henteltet rehusó hacerlo y lo maté. Si tú te niegas mataré a tu hija en tu presencia —corroborando sus palabras, empuñó la pistola y apuntó a Alda.

Dagmahal sonrió despectivo.

—No es preciso leer estos papeles para saber que con ellos te entrego la propiedad del valle, ¿no? Y luego nos matarás a todos.

—Es posible —admitió irónico, Horquell—. También cabe la posibilidad de que os deje marchar... vivos. No tienes otra alternativa que obedecer. Una vez que firmes saldrás de dudas.

—Nos matarás de todas formas —dijo Alda. No quería mirar a Mat—. No firmes, padre. Tal vez no le resulte tan sencillo a Horquell probar ante el Orden Imperial sus derechos al valle.

—Veremos quién es el más fuerte, viejo —dijo sonriendo Horquell lascivamente. El cañón de su pistola bajó lentamente—. Tengo reducida la potencia al mínimo. Una descarga así en la pierna no matará en seguida a tu hija. Le achicharraré la pierna. Entonces tú me pedirás que la mate y tendrás que firmarme para que lo haga. El final será

el mismo, pero evitarás sufrimientos a Alda si firmas en seguida.

El rostro de Dagmahal palideció como el de un muerto.

—Voy a contar hasta tres —advirtió Horquell—. Uno.

No llegó a contar más. Mat saltó a la espalda de Horquell, le pasó el brazo izquierdo por la garganta, mientras apuntaba al grupo de mercenarios y decía:

—Mataré a vuestro jefe si no permanecéis quietos. Si disparáis contra mí la descarga alcanzará también a Horquell.

Mat intentó arrebatarle al mercenario la pistola, pero ésta cayó al suelo y uno de los hombres de Horquell la lanzó lejos de un puntapié. Otros agarraron a Bruno por los brazos, mientras los demás dirigían sus armas contra Mat, indecisos.

El terrestre se mordió los labios. Había confiado en coger la pistola de Horquell. Este reía socarronamente.

—Es un farol, idiotas —dijo—. Yo mismo descargué la pistola.

Mat había estado calculando el momento oportuno para actuar. Había pensado que tendría que intervenir con demasiada antelación. Era el instante justo. Alzó la mirada. Dirigió su pistola al Norte y disparó la única y preciada carga. El disparo, de una intensidad anormal, intensísimo, se perdió en el cielo.

—Tengo aún energía para volaros a todos la cabeza —de reojo, Mat observó la turbación de Horquell. Ahora tenía que hacerles creer que la pistola no se había convertido en un objeto inservible—. Soltad a los nelebetianos y a mi compañero.

Pero los mercenarios seguían dudando, no pareciendo estar dispuestos a obedecerle. Seguían apuntándole. Ahora no se molestaban en evitar que sus armas amenazasen también a Horquell.

—Pero... ¿qué estáis esperando? —preguntó Horquell con estupor—. Tirad las armas. Ya buscaremos una solución. Obedeced.

Todos los mercenarios miraban al lugarteniente de Horquell,

a Larry. El gesto
contrariado de éste alarmó a Horquell.

—Creo que tus hombres te aprecian bien poco, amigo —le dijo Mat a Horquell. Había temido aquella reacción de los hombres del antiguo amaestrador de pájaros, pero había confiado en que no se produciría.

—Compréndelo, Horquell —dijo Larry—. No vamos a
perdemos todos por ti...

Un grito del mercenario que había quedado junto a la puerta hizo que todos miraran hacia allí. El hombre se acercó corriendo y gritaba lleno de alarma:

—Cientos de jinetes vienen hacia aquí. Azules y amarillos.

La noticia produjo en todos reacciones distintas. Pero tres mercenarios estaban a la expectativa y actuaron aprovechándose del segundo de distracción que tuvo Mat. Saltaron sobre él y le arrebataron la pistola, golpeándole con las culatas de las suyas.

—Amarradle —gritó Horquell apoderándose de la abandonada pistola de Mat y corriendo hacia la puerta.

Todos se aproximaron a la salida de la fortificación. Se detuvieron allí, sobrecogidos por el espectáculo que formaban los guerreros, hombres y mujeres, azules y amarillos, que se acercaban en compacta masa, subiendo las laderas, rodeando las empalizadas. Llegaban en silenció, con las armas dispuestas y amenazadoramente. Los arqueros tenían semitendidos sus arcos, con las flechas dispuestas.

—¿Qué significa esto? —tartamudeó Horquell.

La multitud se detuvo a unos cincuenta metros de ellos. Los guerreros amarillos aullaron de entusiasmo al comprobar que su Señor y Alda aún vivían. Los azules gritaron de rabia porque la ausencia de Henteltet les confirmaba la noticia de su muerte.

Dagmahal rebosaba de orgullo al decir:

—Mat Delmont me pidió que enviase a mis guerreros al valle. Allí debieron encontrarse con los prisioneros amarillos conducidos por los azules. Ahora todos vienen aquí, a salvarme unos y a vengar a su Señor los otros.

Horquell soltó una serie de imprecaciones.

—Voy a despellejar a Mat con mis propias manos —volviéndose a Dagmahal, le gritó—: Ordénales que se marchen. O los arrasaré a todos. Nuestras pistolas pueden convertirlos en un montón de carne quemada.

El Señor de los amarillos le devolvió una mirada irónica.

—¿Qué explicarás al Orden cuando llegue aquí y te vea rodeado de cientos de cadáveres? Tienes demasiados testigos en contra, terrestre. Estás perdido.

CAPITULO IX

Los mercenarios empezaron a murmurar entre ellos. Comprendían perfectamente el alcance de las palabras de Dagmahal. Frente a ellos tenían a mil seres. Con sus armas podían matar un buen número de ellos, pero tal vez no podrían contener una carga suicida. Y los guerreros, a cada instante, parecían estar más decididos a lanzarse al ataque.

—Preparad las armas, muchachos —silabeó Horquell—. Demostraremos a estos salvajes cómo matamos a las cucarachas.

Los terrestres levantaron sus armas pesarosamente contra aquel ululante ejército.

—Si nos dejáis ir se calmarán. Podréis marcharos de aquí, al Centro, y salir del planeta — dijo Dagmahal. Y señalando a Horquell, añadió—: Todos se pueden marchar menos este hombre. Debe pagar su crimen. Ha matado un Señor de Nelebet. Aunque era mi enemigo es mi deber vengarle.

Dos mercenarios habían traído a Mat. Al verle, Horquell, fuera de sí, le apuntó y gritó al mismo tiempo que apretaba el gatillo:

—Maldito seas, Matías Delmont. Tú morirás primero.

Pero de su pistola no salió ningún disparo. Horquell, desesperado, apretó varias veces el gatillo. Mat se le acercó y le propinó una serie de puñetazos. Horquell cayó pesadamente, inconsciente.

—No me fío de ti, viejo —dijo Larry. No parecía haberle importado demasiado que Mat golpease a Horquell. Tal vez ya había pensado en entregarle para salvar el pellejo—. Una vez que estés junto a tus hombres puedes ordenarles que nos ataquen.

Dagmahal movió negativamente la cabeza.

—No lo haría. Morirían muchos de ellos. Ya se ha vertido mucha sangre en Nelebet. Podéis marcharos en paz, aunque habéis venido en son de guerra.

La duda aún prevalecía entre aquellos hombres. Mat, pese a que la situación parecía haber mejorado sustancialmente, temía que en cualquier instante las pasiones o el miedo se desataran y ocurriese una desgracia, precisamente ahora, cuando todo parecía dar muestras de terminar felizmente.

Un ruido sordo procedente del cielo les hizo mirar hacia arriba. Sobre sus cabezas, a gran altura, empezaron a volar centelleantes naves de plata. Eran pequeñas, de las que utilizaba el Orden una vez que caía la Valla. Acudían prestos al disparo de Mat dirigido al cielo, donde era de fácil detección.

Los mercenarios se miraron entre sí primero y luego observaron temerosos a los guerreros nelebetianos. Comprendieron que éstos estaban lo suficientemente asustados y confusos ante la presencia de los aparatos terrestres y que seguramente podrían burlar su cerco y huir de allí, del territorio nativo y acogerse a la protección de la antigua demarcación delimitada por la ya inexistente Valla de energía.

—Habéis ganado —dijo Larry guardando su pistola.

Montaron en los caballos y se dirigieron al otro lado del patio. Allí existía una pequeña puerta. La parte de atrás apenas estaría vigilada por los guerreros y podrían escapar.

Antes de dirigirse a la salida de la fortificación, Larry dijo a Mat:

—Horquell siempre aseguró que estabas equivocado, Mat. El sí que lamentará no haber acertado.

—No lo dudes, Larry. El Orden se encargará de él.

Escupió sobre el inanimado Horquell y dijo Larry antes de espolear su caballo:

—Se lo merece. Nada nos dijo de los diamantes rojos. Dudo que nos hubiera entregado nuestra parte.

Dagmahal se adelantó hacia los asustados guerreros, quienes no sabían si mirar al Señor de los amarillos o a los navíos que volaban en círculos cada vez más bajos.

—Escuchadme, nelebetianos —gritó Dagmahal. Cuando consideró que le prestaban la suficiente atención, agregó—: Los días oscuros han terminado en Nelebet, nuestro planeta. Henteltet ha muerto. Lo mataron los mercenarios de las estrellas, aquellos en quienes él confió para derrotar al pueblo amarillo. Pero la verdad era que los mercenarios sólo luchaban para conseguir sus propósitos: adueñarse del valle de la Gran Discordia, que durante muchos años ha dividido este planeta y lo ha llenado de sangre.

Los capitanes azules se adelantaron hasta Dagmahal, desafiantes.

—Nuestro Señor ha muerto; pero nosotros estamos dispuestos a seguir luchando por el valle, Dagmahal —dijo el más veterano.

Dagmahal le devolvió una mirada impasible y respondió:

—Pero yo no deseo seguir combatiendo, guerrero azul. Hora es que dejemos atrás esta lucha estúpida. Ya no pueden volver los viejos tiempos —señaló hacia el cielo, a las naves del Orden—. Este planeta ya no estará aislado del resto de la Galaxia. Nuestros hermanos del espacio han regresado después de siglos. Nuestros antepasados lucharon entre sí porque un día fueron abandonados a su suerte, cuando discutían por este valle. Si de la Tierra hubiera llegado la decisión acertada no habría existido tanto odio en Nelebet por la Gran Discordia. Las generaciones siguientes olvidaron los verdaderos motivos por los que luchaban. Mi hija Alda y yo lo

averiguamos en viejos libros. Tenemos suficientes riquezas en este planeta para transformarlo en poco tiempo, para sacar de la miseria a los dos pueblos, azules y amarillos. Yo no deseo esclavizar a nadie. Los amarillos podrán gobernarse por sí mismos.

El capitán azul insistió:

—¿Y el valle?

—Será arrendado al Orden Imperial. Nosotros no sabemos explotar adecuadamente las riquezas que encierra. Ellos nos pagarán largamente por lo que obtengan.

Mientras había hablado Dagmahal, los guerreros azules y amarillos, que hasta entonces habían permanecido mezclados, fueron dividiéndose en dos grupos que se observaban con recelo. La chispa capaz de encender la hoguera podía saltar en cualquier instante.

—Lo que pague el Orden por los derechos de explotación será repartido equitativamente entre los dos pueblos —añadió Dagmahal—. Algún día viviremos juntos, formando una gran nación. Debemos unirnos para evitar la plaga de comerciantes y truhanes que inevitablemente empezarán a entrar en Nelebet después que el Orden lo haga.

El capitán azul dibujó una torva sonrisa.

—Puede ser que digas la verdad, Dagmahal; pero también puede ser que mientas.

¿Quién nos garantizará todo esto? ¿Cómo sabremos que es cierto lo de las riquezas del

valle? Nunca oímos hablar de ellas. No fui hombre de confianza de Henteltet y él nunca me contó nada al respecto.

—Henteltet nada sabía. Creía luchar por los ideales heredados de sus antepasados, como yo lo estaba hace unos años. Los mercenarios sí sabían la verdad y quisieron aprovecharse de Henteltet para su propio provecho. Ellos se hubieran quedado con el valle y nuestros pueblos continuarían en la miseria, o pendientes de la generosidad del Orden, de sus limosnas.

—Eso está muy bien, Dagmahal —dijo el capitán azul—. Dices que los mercenarios mataron a mi Señor, que son ambiciosos, no como los hombres de las estrellas que pertenecen al Orden y que hace años levantaron la Valla rodeando su ciudad. Pero tú conservas a los dos terrestres que te ayudaron a luchar contra nosotros. ¿Ellos no llegaron a Nelebet también por riquezas?

Dagmahal se volvió para mirar parpadeante a Mat y a Bruno. Se mordió los labios. El capitán no era ningún tonto y sí bastante terco. Dijo mientras observaba de reojo cómo las naves del Orden, silenciosamente, estaban a punto de aterrizar:

—Quien mató a Henteltet es aquel a quien siempre llamamos el hombre de los pájaros. Horquell será entregado al Orden para que lo juzgue por sus crímenes. Los otros dos hombres son tan nelebetianos como nosotros. Al menos lo es uno de ellos, quien por las leyes de Nelebet puede amparar al otro.

—¿Qué quieres decir? El hombre más joven de las estrellas vino aquí junto con el barbudo como mercenario —el capitán azul estaba visiblemente molesto—. ¿Acaso pretendes engañarme?

—Nada de eso. Matías Delmont es el esposo de mi hija; ya conoces las leyes establecidas, capitán. El terrestre goza por tal motivo de nuestras prerrogativas, como si hubiera nacido aquí.

Mat miró con sorpresa primero a Dagmahal y luego se

volvió burlón hacia Alda, quien prefirió desviar la mirada. Entonces, las naves plateadas atrajeron de nuevo la atención de todos. Una de ellas bajó hasta medio metro del suelo, quedándose detenida allí. Se abrió una puerta en su costado y dos hombres uniformados de negro severo y plata descendieron. Tenían los rostros graves, pero serenos y amistosos. Parecían estar cum- pliendo con una escena bien ensayada.

Se adelantaron hasta la abigarrada multitud de guerreros.

De no haberse tratado de
hombres y mujeres valientes, curtidos en muchas luchas, se habría producido una huida general. Pero vencieron el miedo cerval que les embargaba y aguardaron.

Uno de los hombres avanzó unos pasos y dijo:

—El Orden Imperial de la Tierra os saluda, habitantes de Nelebet. Hemos regresado. Vuestro planeta queda abierto a la Galaxia... para bien o para mal. Que los dioses os guarden. Nosotros procuraremos ayudaros.

Luego, dirigiéndose al grupo formado por Dagmahal y los capitanes azules, anunció:

—La Valla ha caído antes del tiempo establecido porque descubrimos que estáis a punto de luchar entre sí una vez más. No habrá más guerra, más muertes. El Orden lo prohíbe. Deseamos dialogar con los líderes en disputa.

—¿Cuándo? —preguntó Dagmahal adelantándose un paso.

—Ahora mismo. Subid a la nave —dijo el hombre del Orden señalando la puerta

abierta.

—Yo represento al pueblo amarillo, a los descendientes de la compañía minera Riqueza Amarilla de Nelebet —dijo Dagmahal. Señaló al capitán de los azules y añadió—: Este hombre representa al otro pueblo, a los azules.

—Lo sabemos, Dagmahal —replicó el del Orden.

Dirigiéndose al capitán azul, preguntó—: ¿De quiénes desciende tu pueblo?

El capitán miró desamparado a Dagmahal, quien explicó:

—El pueblo azul está formado por los hijos de los antiguos mineros de la Space'c Blue Line.

—Es cierto —el severo rostro del hombre del Orden dibujó una parca sonrisa—. Entrad en la nave, por favor.

Al pasar por delante de Mat y Alda, Dagmahal sonrió picarescamente y dijo:

—Si no os gusta estar casados, os concederé de inmediato el divorcio; pero cuando los ánimos estén más calmados.

Y entró en la nave seguido del capitán azul y los hombres del Orden.

Mat miró a Alda y encontró en el rostro de la muchacha total ausencia de repulsión ante la idea expuesta por el Señor de los amarillos.

EPILOGO

Bruno observaba a su amigo de aventuras pasear por la gran sala, la misma donde días antes les recibiera por primera vez Dagmahal. La estancia estaba desierta y el sol entraba a raudales por los amplios ventanales abiertos.

Mat estaba serio. De vez en cuando se detenía en su pasear y miraba por alguna ventana, observando el pueblo, que iba cambiando lenta pero notablemente bajo la dirección de expertos del Orden. Pronto nadie se acordaría de la triste y sucia ciudad que cobijara al pueblo amarillo. Algo semejante estaba ocurriendo en la ciudadela azul.

El semblante del terrestre estaba hosco. Ni se acordaba que su compañero estaba presente, estudiándolo con atención y mostrando de vez en cuando una irónica sonrisa de comprensión entre su frondosa barba.

Aquella mañana un criado les comunicó que Alda había regresado de Palmeras Largas y deseaba verlos. Bruno sabía que Mat apenas había tenido ocasión de verla desde la tarde en que llegaron los servidores del Orden para evitar una lucha postrera y mortal entre los divididos nelebetianos. Ella y su padre habían estado demasiado ocupados.

Las esperanzas de Mat, las ilusiones forjadas tras la prometedora sonrisa de Alda, se habían esfumado con el paso de los días.

Escuchó pasos acercarse y se volvió. Alda caminaba hacia él. Vestía ropas terrestres, pero sin perder su exotismo de mujer hermosa perteneciente a un mundo olvidado y atávico. Llevaba en sus manos una cajita de madera bellamente labrada, que le entregó con una sonrisa.

—Es tu premio, terrestre; más que tu paga. Para ti y Bruno.

Mat abrió maquinalmente la cajita, sin dejar de mirarla a ella. Después de unos segundos pudo sustraerse al hechizo de sus ojos y echar una mirada al interior. En el fondo de la cajita refulgían dos docenas de ensangrentados diamantes rojos; los mismos que una mañana Dagmahal arrojara sobre

la mesa.

Bruno se acercó y lanzó una exclamación de asombro ante la visión de los diamantes. Acercó sus manos temblorosas a la cajita y la tomó sin que Mat ofreciera resistencia para dejársela arrebatar.

—Apenas podrán sacar del valle una docena de estos diamantes tan perfectos cada día
—musitó Bruno—. Valdrán una fortuna en la Tierra, ¿eh, Mat?

Mat, mirando a Alda, respondió:

—Tal vez, pero aquí apenas si tienen valor. En cambio... Alda le sonrió animándole y preguntó:

—¿Qué, Mat?

Bruno parpadeó y sonrió. Tocó a Mat en el brazo, como si quisiera preguntarle si podía...

—Sí, Bruno. Son tuyos. Ojalá los disfrutes en la Tierra, que seas tan feliz allí como yo desearía serlo aquí.

Bruno se alejó presuroso y salió de la sala.

Mat puso sus manos sobre los hombros de Alda y dijo mientras la atraía hacia él:

—Los diamantes son fríos, aunque tengan el color del fuego. Prefiero el ardor de tus labios, lo cálido de tu cuerpo.

Ella respondió al beso y dijo nerviosamente:

—Sabía esto, estaba segura. Por una vez me equivoqué y no sabes cuánto me alegro. Bruno había salido del palacete y se volvió para mirarlo. Mientras se dirigía al puerto del espacio de Palmeras Largas se preguntó si sus diamantes valían más que lo que Mat había encontrado en Nelebet.

F
I
N



EDITORIAL BRUGUERA S.A.
Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

Impreso en España
Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.